

se

JAVIER FESSER
TRES DÍAS
EN EL VALLE

MI EXPERIENCIA BENEDICTINA

IN



Lectulandia

¿Qué se le ha perdido a un director de cine en el Valle de los Caídos si su intención no es rodar una película? ¿Qué otra cosa puede uno hacer allí? Tres días en el valle relata en clave de humor, pero también con mucha ternura, la experiencia verídica pero surrealista de su autor, director de las afamadas películas "La gran aventura de Mortadelo y Filemón" y "El milagro de P. Tinto", en un convento de clausura del mismísimo Valle de los Caídos. Javier Fesser llega allí con la intención de alojarse por unos días en el interior de aquella paz "sin el contratiempo de tener que ser monje" y poder abordar la escritura de un nuevo guion cinematográfico. Sin embargo, las múltiples peripecias que allí vivirá, en un intento de adaptarse a una vida de silencio y oraciones marcada por la regla benedictina, provocarán sin duda la carcajada del lector en más de una ocasión, al tiempo que nos darán una miagen del lugar absolutamente desprovista de su tradicional carga política.

Lectulandia

Javier Fesser

Tres días en el valle

Mi inexperiencia benedictina

ePub r1.0

Titivillus 24-05-2019

Javier Fesser, 2005

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Tres días en el valle

Bibliografía

Sobre el autor

Mi amiga Katie Hite, politóloga de la universidad de Vassar en Nueva York, lleva tiempo preparando un amplio ensayo sobre el sentido del monumento que Franco inauguró en mil novecientos cincuenta y nueve en agradecimiento a sus caídos y a sí mismo. Con esta excusa nos hemos presentado allí un soleado día de mayo acompañados por otro amigo mío. Javier invirtió el paso a su adolescencia (de los nueve a los trece años) en la educación musical que los monjes benedictinos de la abadía del Valle de los Caídos le suministraron generosamente en el internado de su escolanía. Encontramos sin dificultad el lugar, ya que el diseño del complejo incluye una cruz de señalización muy grande cuya finalidad es indicar que justo debajo de ella, a ciento cincuenta metros de profundidad y dentro de la montaña de granito, hay un agujero de tamaño desproporcionado en forma de basílica que es, precisamente, el corazón de lo que andábamos buscando. Digo yo que si Dios estuvo de acuerdo con la construcción de este templo podría haber dejado hecho el boquete cuando creó la montaña, porque es demostrable que a los dos mil seiscientos cuarenta y tres obreros que tuvieron que hacerlo en su lugar les llevó casi veinte años y más de un disgusto, sobre todo teniendo en cuenta que algunos de ellos estaban encadenados por el tobillo a una bolita de acero, incomodísima cuando se trabaja en terreno escarpado. Eso sí, tenían una para cada uno, no como en los países marxistas, que tocaban a seis o siete presos por bolita. Ya hizo Dios antes lo de dejar hecho el agujero con las cuevas de Altamira y nadie tuvo nunca queja, excepto un par de grandes constructoras afines al gobierno del paleolítico. El padre Marceliano, que fue el director musical de Javier, lleva desde su inauguración viviendo en la abadía benedictina del polémico recinto. Cuarenta y seis años parecen muchos, pero parecen todavía más si se tiene en cuenta que él fue uno de los monjes trasplantados por decreto ley de Silos a Cuelgamuros cuando ya llevaba otros doce en aquel monasterio burgalés. Con una amabilidad deliciosa (como buen vasco que es) dedica una mañana entera a mostrarnos los vericuetos de una basílica cuyos accesos no están ni mucho menos disponibles para el turista de a pie. Su emocionada conversación y la sabiduría que le han dado sus múltiples paseos por el mundo ofreciendo conciertos con la escolanía de voces blancas que hasta el año pasado dirigía, nos aporta una valiosa visión de lo que es, por encima de consideraciones político-histórico-socio-problemáticas, su hogar. Yo ya sabía que nada me iba a sorprender cuando lo primero que nos comenta al llegar es que está inquieto porque él ha sido siempre de *mac* y ahora el abad, sin avisar, les ha puesto un *pc*, que, como todo el mundo sabe, «tiene más averías». Nada más comenzar

y para entrar en calor, atravesamos con él un túnel de piedra de cien metros de largo cuya temperatura es constante todo el año: doce grados de los de antes. Como los visitantes vamos en camisetas de las de ahora, su hábito grueso con capucha incorporada empieza a cobrar todo el sentido del mundo. El padre Marceliano comenta que la humedad es el gran problema de toda la basílica porque la piedra está colocada pegada a la roca original y que arreglar aquello sería «un obrón». Me imagino inmediatamente la magnitud de la hipotética reforma de la basílica excavada en la roca para dejar una cámara de aire entre la montaña horadada y los setecientos cincuenta mil millones de toneladas de piedra tallada y colocada a lo largo de dos decenios por mano de obra en oferta tres por uno y le doy la razón sin rechistar. No quiero ni imaginar a un constructor de Guadarrama dando presupuesto. Al final de aquella oscura y alargada nevera hay un ascensor que bien podría ser el de un hotel de tres estrellas. Tras apretar el único botón posible (planta baja) aquel aparato pequeño desciende sesenta metros hacia el centro de la tierra. La idea, aunque se le achaca a Franco, es de Julio Verne, circunstancia que no comento por si es demasiado pronto para ese tipo de chorradas. Además los chistes malos tienen la ventaja de que si no los sueltas nadie los echa de menos. Como el benedictino no nos advierte de la necesidad de hacer descompresión para semejante descenso llegamos abajo algo desorientados y con voz de sardina. Salimos y, tras una puerta pequeña, aparecemos como por arte de magia en la parte trasera del coro, en el meollo de la basílica. Las dimensiones del lugar le otorgan a nuestra muda admiración un eco acústicamente inexplicable. Dado que los tres miramos hacia arriba, el padre Marceliano aprovecha para contarnos que la bóveda hubo que reducirla unos metros cuando el papa en persona llamó a Franco en persona para que su osado arquitecto redujese en persona el diámetro de aquella medio esfera que pretendía ser más grande que la bóveda de San Pedro y que ni se le ocurriera. Si san Pedro viviera se lo habrían dicho él mismo en persona. En otro ascensor subimos a la base de la bóveda en cuestión. Allí tenemos el inútil privilegio de tocar con nuestras manos algunas de las cuatro millones y medio de piezas que forman una gigantesca imagen en la que Dios comparte escena con soldados, cañones y banderas falangistas. El padre Marceliano desmiente que Franco esté representado allí pero que, en todo caso, es el de la capa que está al lado del cañón. Mientras él habla con Katie yo le escucho sin saber cómo colocar mis manos para parecer más respetuoso. Las coloco atrás, pero como no me encuentro natural, cruzo los brazos por delante del pecho y me doy cuenta de que eso es demasiado chulo, por lo que vuelvo a juntar mis manos tras la

espalda, pero esta vez flojito, como entregado a cualquier explicación. Todo esto sin dejar de mirarle esforzándome por parecer más atento de lo que realmente estoy, que es mucho. Los tres meneamos la cabeza de arriba abajo, muy poquito pero todo el rato. Nos vamos turnando también para que siempre uno de nosotros apriete los labios confirmando que estamos de acuerdo no sólo con lo que dice, sino con lo que va a decir. Seguimos nuestro recorrido, interrumpido solamente por una misa solemne de cincuenta minutos de reloj concelebrada por ocho sacerdotes y cantada por cuarenta niños y treinta y dos monjes. Feligreses sólo somos nosotros cuatro, la señora de la limpieza y un encargado de mantenimiento. Como a la señora de la limpieza le ha pillado con el trapo en la mano y ya no se puede mover del sitio en cuarenta y cinco minutos pero por otro lado le pagan por trabajar, deja el trozo de reclinatorio donde se halla como los chorros del oro. El padre Marceliano ha de ausentarse al finalizar el espectáculo porque tiene cosas que hacer, pero nos emplaza una hora después en la abadía. Él regresa en el ascensor en plan *Matrix* invirtiendo en ello tres minutos. Como nosotros lo tenemos que hacer por fuera rodeando a pata la montaña, en plan *Las chicas de la Cruz Roja*, tardamos en regresar a la abadía exactamente una hora. El padre Marceliano lo tenía calculado al milímetro. Al llegar entramos sin ningún misterio en la clausura, que nada tiene que ver con la de *El nombre de la rosa*. El lugar es precioso. Los lilos del patio están en flor y los cuarenta niños toman un bocadillo como cualquier otro grupo de niños, sólo que en silencio y sin corretear. Como cualquier otro grupo de cuarenta niños callados en cualquier parte del mundo que no corretean a la hora del bocadillo. Nuestro anfitrión nos ilustra acerca de las imágenes religiosas que vamos encontrando. Mientras comenta algo sobre su fundador a mí me viene, en medio de tanta quietud, una idea absurda a la cabeza: hacerme monje por una semana para poder estar en aquel tranquilo lugar escribiendo un guión sin que nadie me perturbe y, una vez terminado, decir que esa vida no es para mí y que disculpen las molestias. Vuelvo de la estupidez a la realidad cuando el padre Marceliano resume la historia de la abadía, de su procedencia y la de otros monjes, y del particular proceso anual de selección de niños por todos los pueblos de España para la escolanía. Dice que en Valencia es donde mejor se canta de España y que es porque cada pueblo tiene su banda. Y que incluso el pique entre pueblos motivado por los concursos de bandas propicia el perfeccionamiento constante. Por eso los Rolling son tan buenos, porque anduvieron muy picados con los Beatles. Los Beatles, a su vez, estaban picados con la mujer de John Lennon. También nos habla de sus conciertos de

canto gregoriano con los chavales por China y Minnesota, y de un montón de detalles que a cualquier mente mínimamente curiosa le interesarían en extremo. Pero entre toda esa novedosa información, sin duda de alto valor para mí, surge por casualidad el dato que cambia mi vida: nos cuenta que allí, dentro del mismísimo convento de clausura, hay una hospedería. Es decir, que puedes alojarte por unos días en el interior de aquella paz que yo llevaba meses anhelando para darle un empujón a mi historia sin el contratiempo de tener que ser monje. Como en un hotel. Y encima en mi guión pretendo hablar de la vida, la muerte, Dios, el demonio, el cielo, el infierno, creer o no creer y, sobre todo, de la escasa diferencia que hay entre estos dos últimos aspectos. El plan es casi perfecto. Digo casi porque en el Valle de los Caídos no hay playa. Me intereso de tal manera que el padre Marceliano me presenta al padre Luisardo, encargado de la hospedería. Al saludarnos, el nuevo monje es el primero en darse cuenta de que uno de nosotros es diferente a los demás y que obviamente no debería estar allí. Katie, mi amiga, es mujer. Nadie es perfecto. Ella no tiene la culpa pero es mujer. Quizá la primera que ha traspasado la puerta de la clausura en muchos años, al menos a la luz del día. El padre Luisardo decide hacer la vista gorda no saludándola y me confirma que pasar allí dos o tres días encerrado en una habitación sin que nadie me moleste es una buenísima opción para concentrarme en el trabajo y que muchos compositores lo hacen. Me habla de uno muy famoso que va cada tres meses, se encierra una semana, y sale con la sinfonía terminada. A partir de ese momento y una vez descartada la idea de estar siendo víctima de una cámara oculta, yo ya no tengo ojos para ver basílicas ni valles ni monasterios, sino que pienso exclusiva y egoístamente en mi guión y en la posibilidad de encerrarme allí con un paquete de folios y salir en una semana con un *mega-hit* de noventa minutos exactos sólo a falta de imprimir y encuadernar con canutillo de plástico. Nos marchamos del Valle con la prisa que produce el querer volver cuanto antes. Me llevo la dirección de e-mail del padre Marceliano, que se lamenta de que a ellos no les llegue el ADSL, y el número de teléfono para contactar con el padre Luisardo en caso de que mi interés no haya sido un capricho pasajero y desee hacer una reserva en firme.

Camino de Madrid se me ocurre algo para mi historia y deseo llegar a casa para encender el ordenador y escribir todo lo que me está pasando por la cabeza antes de que se me desinflen las pasiones. Llego a casa. También llegan mis hijos del colegio. Los tres. Tengo varias llamadas, unos diecisiete correos electrónicos de carácter hiperurgente y mi hija Ana solicita ayuda con sus ejercicios de violonchelo. Mi hijo Javi nos interrumpe disfrazado de

Supermán. Intenta volar pero, como no ha visto la película, lo hace batiendo sus brazos como los pájaros. Sucede la típica crisis fraternal por la interrupción de un ensayo musical. En ese momento presiento que mi hija mayor, con la que siempre discuto por la única y exclusiva razón de que somos idénticos, se ha puesto a ver la televisión en lugar de hacer sus deberes y entonces he de ausentarme un momento de la discusión entre la chelista y el superhéroe para explicarle a Claudia lo que debería hacer. Voy por el pasillo mentalizándome para la bronca y, contra todo pronóstico, mi hija apaga la tele y me dice que no le dedico tiempo, que quiere estar conmigo y que por favor le ayude con sus divisiones y con un trabajo de conocimiento del medio. Están estudiando el cuerpo humano y le han cateado por decir que el ser humano es un animal muy listo que está rodeado de piel para que no se le salga la carne. Cuando estoy todavía preparando mi respuesta, y con los gritos de los otros dos de fondo, suena el teléfono. Es el pintor, que viene por fin mañana a pintar las habitaciones. Dice que, por ser yo, vendrá en persona. Ni me acordaba. Me recuerda que yo mismo, también en persona, me ofrecí a dejar los dormitorios vacíos y los muebles grandes en el centro bien cubiertos de plástico porque ellos entran a saco, como los aliados en Normandía. Los aliados no avisaron a los alemanes, como ha hecho el pintor conmigo, y pillaron a éstos con toda la playa llena de metralletas sin recoger. Por eso pusieron todo perdido. Años después, y para conmemorar el acontecimiento, el equipo de rodaje de Spielberg volvió a dejar la playa hecha unos zorros. A nosotros, los del cine, para conseguir el permiso de rodaje nos faltan buenas palabras y amables promesas de dejarlo todo como estaba pero, una vez tenemos el material en la lata, solemos irnos dejando el chalé alquilado patas arriba. Si no, ¿cómo se explica que yo jamás haya rodado nada en mi propia casa, teniéndola como la tengo super-ideal con todo de Ikea y de Leroy Merlin? Las cosas como son. Total, que no hago más que colgar cuando me acuerdo del Valle.

A la mañana siguiente dejo a Claudia y a Ana en su colegio. El viaje de quince minutos lo amenizamos con la discusión diaria sobre a quién le toca ir en el asiento de delante. El resultado es el siguiente: las dos van atrás sin hablarse, una se quedará sin ir a una fiesta de cumpleaños el sábado siguiente por llamar gilipollas a la otra y la otra, o sea, ésta, estará dos semanas sin ver la televisión por adjetivar negativamente a la madre de la primera, que, además de ser también la suya, es mi mujer. Mi mujer no sólo no tiene culpa de nada, sino que, a esas horas, lleva ya hora y tres cuartos currando en su oficina. Por supuesto ambos castigos jamás se cumplirán porque yo soy un

padre moderno que nunca cumple sus amenazas y que acude puntualmente al psicólogo cada quince días para que éste le haga ver que los hijos necesitan límites para ser felices. La consulta está en la plaza de Olavide, que es un enclave muy bonito en el que aparcar es un infierno. O sea, el típico sitio que lo tiene todo. Ya en casa llamo al padre Luisardo pero nadie coge el teléfono. Delante de mi ordenador, por supuesto un *mac*, intento ordenar las nuevas ideas para el guión. A los que tenemos un *mac* nos gusta decir que es mucho mejor que el *pc* para temas de diseño, retoque fotográfico, artes gráficas y edición de vídeo. Con lo fácil que sería decir la verdad y confesar que es porque son más monos, más redonditos y más para tontos. Es como el que dice que entiende de barcos y afirma con aplastante seguridad que «el suyo tiene un casco muy marinero», con lo sencillo que sería decir lo que sinceramente piensa: que su patata flotante va pisando huevos, huele a gasoil que apesta y que lo que más le gustaría del mundo es tener una lancha fuera borda supermacarra de esas que con su sueldo de contable no se la puede ni plantear.

La mañana transcurre entre insistentes llamadas a la abadía y viajes a la habitación para ver muestras de pintura y asentir a todo lo que dice el pintor, que se resume básicamente en que la pared está muy mal. Mientras arranca el papel pintado muy lentamente, como si estuviera desnudando a una mujer, insiste en que los paños están, incluso, peor de lo que él pensaba cuando me dio presupuesto hinchado cubriéndose las espaldas. Yo creo que en la escuela superior de pintores de brocha gorda dan una asignatura en la que les enseñan cómo ir allanando el camino para un aumento del presupuesto del cuatrocientos por cien. Quizá el especialista de la plaza de Olavide les ha dado incluso un máster de cómo poner límites al cliente para que sea feliz y se someta dócilmente a la introducción sistemática del puyazo. Pero reconozco que este pintor lo hace con gracia y que lo que realmente estoy pagando es su puesta en escena. El año pasado en México dos impecables policías nos pararon por la cara a mi mujer y a mí aduciendo que circulábamos muy presurosamente y nos amenazaron con retirarnos el carné y los pasaportes, además de una sanción de doscientos dólares y una noche en calabozos separados sin baño. Me vi a mí mismo amenazando a mis hijas y detecté en seguida el farol. En su fabulosa y previamente ensayada representación uno hacía de malo y otro de bueno. Se notaba que llevaban mucho tiempo en cartel porque se sabían el papel de memoria. En el segundo acto el bueno dio el punto de giro que sólo el talento de un Jardiel Poncela en estado de vigilia hubiese conseguido: existía la opción, por no ser ciudadanos residentes, de

pagar en efectivo. Tenía la ventaja de que la tarifa era sólo de cincuenta dólares por pronto pago y nos dejaban en paz, pero la pega de que no podían darnos justificante porque tenían la máquina averiada. Estuvimos los dos a punto de aplaudir. Y aunque no daban ticket para meterlo luego por la empresa nos pareció un precio razonable por aquella obra teatral que dos actores experimentados habían representado sólo para nosotros y a domicilio, sin tenernos siquiera que bajar del coche ni hacer cola para entrar en su comisaría.

Pero yo quiero escribir, por lo que abandono la habitación a la suerte del pintor e insisto con el teléfono. A las cinco de la tarde, con no mucha esperanza, hago una última rellamada. No sólo alguien descuelga el teléfono en la abadía del Valle, sino que además quien lo hace es el propio padre Luisardo. En persona. Las pautas son escuetas pero precisas: «Puede venir ahora mismo, pero si llega después de las siete no podrá ingresar, ¿estamos?». Tras varios intentos de deletreo coge mi nombre completo, o sea, Javier Cresnel. Hago la maleta excitado, como si me estuvieran esperando en Disneylandia, y empaqueto mi *mac* a toda velocidad. Llega mi mujer y le cuento apresuradamente mis planes. Me dice que le parece fenomenal, no porque le parezca fenomenal, sino porque tengo una mujer que no me merezco. Llegan mis tres hijos, que se han empeñado en volver todos los días a casa después del colegio. Por las mañanas los abandonamos en la puerta de su escuela y todos las tardes nos los traen otra vez en un autobús. Le he propuesto a mi mujer cambiarnos de casa porque está visto que en el colegio han averiguado nuestra dirección. Javi corre a su cuarto y busca el traje de Supermán. Se cabrea porque se lo hemos echado a lavar y la teoría de que sucio no vuela bien no se la traga, debido a que el chaval es pequeño pero no imbécil. Claudia conecta la tele, tal y como sabe que no debe hacer, y Ana me enseña el regalo que ha comprado con su madre para el cumpleaños del sábado, al que jamás dudó que iba a acudir, dado que yo la castigué de forma irreversible. Me despido de ellos y, como un cobarde, les dejo a solas con el pintor porque cuando el padre Luisardo ha dicho que a partir de las siete ya no me abren he notado que no lo decía en broma. Y yo ya quería estar allí, en mi habitación, sin teléfono móvil, sin internet, sin música, sin pintor, con la única compañía de los personajes de mi historia. Son las seis y cuarto y como soy muy optimista y vivo en el kilómetro veintisiete de la carretera de Burgos, pienso que en cuarenta y cinco minutos me planto en el kilómetro cincuenta y dos de la carretera de La Coruña más otros diez de desviación hasta el Valle de los Caídos.

A las siete en punto, tal y como dijo el padre Luisardo, llamo a éste por teléfono diciendo que estoy atascado en la M-40 y que imposible llegar allí antes de las ocho. El monje, que al ser monje ama al prójimo como a sí mismo, se apiada y me da nuevas pautas: al llegar he de esperar en la puerta sin llamar hasta que ellos terminen su oración de vísperas y entonces él vendrá en persona a abrirme la puerta. El asunto empieza a tomar tintes de entre película de aventuras y ginkana de campamento scout. Todo se endereza y me planto con mi maleta y mi ordenador en la puerta de la abadía a las ocho menos cuarto. La tormenta hace todavía el lugar más impresionante que un día antes, cuando el sol hacía brillar cada árbol de la montaña. En el inmenso aparcamiento sólo está mi cochecito rojo, que se deja lavar por la lluvia sin poner un pero. Observo a mi alrededor y me doy cuenta de que no soy más que un puntito insignificante en aquel patio inmenso, inabarcable, rodeado de cientos de simétricas columnas de piedra que son sólo una pequeña parte de una obra cuya acometida no puedo ni imaginar. Pienso en el primer día de mil novecientos cuarenta en el que comenzaron las obras. Imagino a los dos mil seiscientos cuarenta y tres albañiles con un pico cada uno mirando al aparejador recién salido de la facultad y a uno de ellos con un pitillito en la boca increpándole socarronamente: «Usted dirá por dónde empezamos, *míster*». Cuento hasta doscientas farolas de forja del tamaño de una Vespa 200, seis mil barrotes de barandilla, ciento cuarenta y cuatro arcos por los que entraría un Talgo de tres pisos con la antena de la radio sacada, diecisiete mil baldosas de piedra pulida de sesenta por sesenta y me siento más pequeño todavía. Como un píxel dentro de una foto de dieciséis megapíxeles. Franco jamás escuchó hablar de los píxeles y sin embargo sus aires de grandeza me hacen ahora parecer a mí uno de ellos. Es la típica paradoja histórico-digital. Espero pacientemente a que los monjes terminen su oración para que me inviten a pasar a mi lugar de retiro y concentración dándome cuenta de que estoy en un espacio privilegiado. Les oigo tenuemente cantar con más entusiasmo que afinamiento. Sus voces gregorianas, imperfectas y atrapadas entre la piedra, contribuyen a la magia del momento. Me viene a la memoria la imagen de mi primera comunión y recuerdo de pronto con nostalgia el traje de marinero. A todo esto sale el arco iris. Si en ese instante se me aparece san Benito mártir en persona y me dice que me pase de *mac* a *pc*, lo hago. No vendería el *mac* porque de segunda mano no te dan nada y es tontería y lo conservaría sólo para temas de diseño, artes gráficas y edición de vídeo, que para eso los *mac* son mucho mejores, pero vamos, me pasaría a *pc* sin dudarlo.

Qué pena que a mí no me haya otorgado Dios la vocación de monje de clausura porque podría vivir en un lugar como éste, rodeado de montañas, sin agobios, escribiendo guiones, respirando este olor a tormenta que tanto me gusta y con la Guardia Civil en la puerta y no como en mi urbanización, que duermo agarrotado esperando el momento en que me entre una banda organizada de ex mercenarios albanos-kosovares para arrancarme las uñas con tenazas.

Todos tenemos un conocido al que le ha pasado, como todos hemos cogido en autoestop a la chica de la curva, como todos hemos sido compañeros de clase de Dolores Fuertes de Barriga, que se sentaba, por cierto, justo detrás de mí. El caso es que yo, que me considero privilegiado por tener una praderita propia de ciento cincuenta metros cuadrados, no alcanzo siquiera a imaginar lo que supondría vivir en este pedazo de chalé cuyo jardín se pierde en el horizonte, con todos los gastos pagados y sin un solo vecino que corte la hierba los domingos a la hora de la siesta. Pero la vocación es un don. Algo que Dios te da o no te da. Y deduzco, ahora que tengo un rato, que Dios le habrá dado la vocación de monje a los que en vidas anteriores vivían en pisos pequeños o que no tenían casita en la sierra para ir los fines de semana. Me doy cuenta de que ya no se oyen los cantos y abandono de golpe mis deducciones porque el silencio me distrae.

Se abre la puerta y aparece el padre Luisardo. Como le había conocido el día anterior, pues realmente no le veo muy cambiado. Está prácticamente igual. Con el primer gesto para hacerme entrar deja claro que yo no tengo nada que decir y sí mucho que escuchar. En los diez minutos que dura nuestro camino atravesando la clausura hasta la hospedería interna me va suministrando unas instrucciones para las que yo no vengo preparado. Todas ellas recitadas como una letanía, sin puntos ni comas. Como no le voy a pagar nada por la actuación, no le pone la emoción del pintor, ni mucho menos la de los policías mejicanos, que a estas alturas calculo llevarán recaudado un millón de dólares libres de impuestos, hecho que tiene más mérito teniendo en cuenta que tienen estropeada la máquina de los tickets. Estas fueron las palabras concretas del septuagenario monje hospedero hasta llegar a la puerta de mis aposentos: «Sígueme no te pierdas tendrás que venir por aquí siempre que no llueva en cuyo caso ahora te enseñaré otro camino ¿está claro? y deteniéndote por supuesto llueva o no llueva ante la imagen de la Virgen Nuestra Señora que vas a ver en el claustro y que como sabrás ahora estamos en el mes de mayo que es en el que le hacemos el ofrecimiento de las flores démonos prisa que a las ocho y media tienes que asistir a la cena entrarán

primero en el comedor los monjes y tú esperas a que entren y entonces entras tú y ya te indicaré tu sitio que es el de los visitantes ahora sólo estás tú y un padre jesuita que mañana nos deja te he dejado una servilleta con tu nombre escrito durante la cena así como en el desayuno y almuerzo no se puede hablar ¿está claro? pues seguimos entonces por aquí ya sabes que tienes que asistir al menos a tres oficios religiosos con nosotros diariamente que no estás en un hotel y a la santa misa si quieres que ahora como no es domingo no es obligatorio pero es muy recomendable ¿comprendes? al terminar la cena saldremos todos ordenadamente hacia la capilla para las completas te voy a dejar el libro para que las puedas seguir si te cruzas con niños internos o con otros monjes no debes hablar con ellos ¿está claro? ésta es la llave siempre la echas estés o no estés ¿me escuchas?». Como el cerebro se me ha quedado agarrotado como un *pe* cuando le metes mucha tralla, no digo ni pío. Pero no importa porque noto que el padre Luisardo utiliza las interrogaciones no como pregunta, sino como estilo de vida. Habría que tener mala leche para hacer pre-guntitas sabiendo que a uno le está prohibido contestar. Tipo Guantánamo. Al abrir el hombre la habitación descubro que ésta tiene todo lo que necesito: cama, mesa y silla. Tres cosas y ninguna de Ikea. Insólito. El crucifijo no me resulta imprescindible pero hace juego. Es entonces cuando el monje, satisfecho, dice: «Ésta es tu celda». Lo de celda supone el remate a mi repentina congoja, que es lo que uno siente cuando está muy muy acojonado y no quiere decir palabrotas. Cuando ya me veo deshaciendo la maleta y tomando posesión de esas cuatro paredes el padre Luisardo tira de mi jersey y retoma su discurso. Pero, como en las mejores series de televisión, no lo hace donde lo había dejado, sino que repite el final del capítulo anterior: «Estés o no estés ¿me escuchas? ésta es tu celda ahora vayámonos porque la cena es a las ocho y media y son ya las ocho menos un minuto y no te va a dar tiempo que llevo treinta años de hospedero y ya me lo conozco aquí la puntualidad es sagrada por Dios te pido que llegues puntual a todos los oficios y al comedor ¿está claro? ¿comprendes? bueno ahora te muestro dónde está el comedor y esperas allí callado hasta que entremos todos». Deshacemos el camino pero por otro sitio, con el único fin de despistarme, y el padre Luisardo me abandona en el pasillo del claustro, a las mismas puertas del comedor, a las ocho y siete minutos. Allí espero observando las imágenes de piedra que representan pasajes bíblicos. Lo hago con las manos atrás agarradas flojito en plan respetuoso y observo que todas y cada una de las figuras están realizando alguna acción pero nunca hablando. ¿Por qué? Elemental: posar para un escultor requiere larguísimas sesiones en rígida postura. Seguro que los

modelos cuchicheaban y se contaban chascarrillos entre sí sobre lo mal que estaba quedando pero justo cuando el escultor les miraba disimulaban y por eso siempre el artista les pillaba callados y así los retrataba. Pero ¿cómo sabían el momento exacto en el cual el escultor iba a mirarles? Elemental: dejaban de sonar los martillazos. Los veintitrés minutos de espera se hacen un pelín largos, pero yo los trato de amenizar pergeñando el plan de huida. Con el panorama que me acaban de pintar está claro que no tendré ni un minuto para escribir mi guión y que voy a estar más liado estos tres días aquí que cuando rodé mi primer cortometraje mientras hacía por las tardes la objeción de conciencia en la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción simultáneamente a la confección de mi lista de boda en El Corte Inglés. Todo eso con el coche en el taller y de exámenes finales en la facultad. Como no tengo llave de la puerta de la abadía y ésta no se puede derribar debido a que Franco la encargó con el deseo expreso de que por ella no escapara ni uno sólo de lo que en el futuro sería un píxel, pienso en la ventana de mi celda. Como el Lute. Pienso entonces en la famosa foto del Lute escayolado y me acuerdo de que siempre le volvían a coger y paso de la ventana. La opción C es el túnel de piedra que se adentra en la montaña a temperatura constante. Allí cogeré el ascensor en plena noche y apareceré en la cripta a oscuras, vigilado por esos dos ángeles de bronce cuyo molde aprovecharon más tarde para hacer el casco del *Queen Elizabeth II*. Tiraré todo recto con mucho cuidado para no pisar la tumba del Generalísimo, no por respeto sino por si cede, y, atravesando el cuerpo principal de la basílica de tan sólo medio kilómetro, llegaré a la puerta principal. Menos mal, pienso, que el Santo Padre en persona le comentó también a Franco en persona que redujese de paso la longitud de la basílica para que no fuese más larga que la de San Pedro en Roma. Si me está escuchando el Santo Padre, se lo agradezco. Pero ese plan fracasaría porque la puerta principal es una mole de acero blindado de unas ochocientas mil toneladas y pico cuya única llave la guardan en una nave del recinto y hace falta una grúa para levantarla. Teniendo en cuenta que todas las grúas del país están desmontando el edificio Windsor, abandono por completo el plan C. La única solución pasa por hablar con el abad diciéndole a la cara que me he equivocado y que me he venido de casa sin quitar los plomos y que si no me dejan marcharme puedo tener un episodio violento. A una mala, lo único que saben de mí es que me apellido Cresnel. Sin embargo, los minutos pasan (son ya las ocho y nueve minutos) y cada vez me va apeteciendo más vivir la experiencia en la que yo solito me he metido sin ayuda de nadie. Mi natural curiosidad hacia lo que no conozco hace de pronto

atractivo el plan de ser monje de clausura por tres días. ¿Aguantaré setenta y dos horas aquí encerrado? Pienso de pronto en el pueblo saharauí, que lleva veinticinco años encerrado en el desierto de Argelia esperando a que Mohamed les devuelva su casa y noto que me quejo de vicio. Llegan dos monjes. Observo que tienen las manos en los bolsillos y descubro así que ese hábito liso sin ningún lujo ni adorno tiene unas ranuras secretas para meter el final de sus brazos. Y veo claro el origen. El primer monje de la historia, el padre Primero, pasó años como yo, con la angustia de dónde meter las manos mostrando decoro total hasta que vio un anuncio de pantalones de pinzas y dijo «¡eureka!». O al menos lo pensó si es que tampoco se podía exclamar en su convento. Cuánta gente vemos callada por la calle o en el metro a primera hora de la mañana con cara triste y a lo mejor van pensando «¡eureka!». Suena un timbre y aparecen en el pasillo un montón de seres vivos silenciosos vestidos de negro, como en el anuncio de Cucal. Entran en el comedor ordenadamente. Yo paso en último lugar. Mi mesa está apartada del resto y la comparto con el otro huésped: el padre jesuita que pasa allí su último día de recogimiento. Para mí el día de recogimiento es el siete de enero, después de diez días de vacaciones en los que mis hijos han sacado todos los juguetes de todos los armarios. Aunque no se puede hablar, él me ofrece su mano amiga y me pregunta: «¿Eres sacerdote o todavía no?». Contesto afirmativamente a lo segundo porque si digo que sí a la primera opción estaría mintiendo. Y me siento bien habiendo dicho la verdad. En mi colegio, esculpida en piedra sobre la entrada principal, hay una frase que dice: «La verdad os hará libres». De hecho, de mi colegio han salido muchos ministros. Así que, además de bien, me siento libre. Libre para sentarme y degustar la cena en completo silencio. Libre de no tener que decir que «la cena es excelente» y que «qué buena noche se ha quedado» a mi compañero de mesa, que él sí es sacerdote y así lo puede proclamar sin mentir.

Pero, buscando su satisfacción, le digo muy cariñoso y abriendo mucho los ojos: «Mi tío también era jesuita». El jesuita me hace un gesto cortante recordándome que no se puede hablar. Si no llego a saber que es por eso hubiera pensado que a este jesuita le importa un pimiento que mi tío también lo hubiera sido. Qué importante es estar informado para no prejuzgar a los demás. De todos modos, yo había iniciado esa conversación con ánimo de proseguirla añadiendo: «Se llamaba igual que yo» cuando me doy cuenta de que en la bolsa de plástico donde está metida mi servilleta el padre Luisardo ha pegado una etiqueta adhesiva que el cura está leyendo con atención y en la que pone «Javiel Cresnel». La explicación hubiera sido sin duda un lío y la

conversación se habría complicado hasta el infinito teniendo en cuenta que hubiera habido que llevarla a cabo en estricto silencio. Llego a pensar incluso que tendría éxito un restaurante de moda en Madrid en el que no estuviera permitido hablar. Es entonces cuando, por sorpresa, descubro el truco oculto durante siglos. Todos los monjes están callados como tumbas excepto uno que, para compensar, tiene un micrófono conectado a un amplificador Sony con MP3 de quinientos vatios por canal. Durante treinta minutos de buena comida este monje nos lee, totalmente gratis, las reflexiones y memorias que sobre su infancia ha escrito el cardenal Ratzinger, ahora Papa. Lo que se movió este hombre de pequeño y lo bien que se acuerda de todo lo que le pasó el doce de marzo de mil novecientos veintiocho por la tarde. O toma desde siempre mucho potasio, o apuntó cada detalle desde niño intuyendo ya que iba a ser famoso. A lo mejor se le apareció la Virgen María y le comentó emocionada el sorpresón que le tenía preparado el padre de su hijo. Como no tengo claro si puedo empezar ya a morder el cuscurro de pan o no mientras llega la comida, lo que hago es no arriesgar y apoyo los codos en la mesa muy suavemente, para no hacer daño a la madera, y junto las palmas dejando los dedos gordos separados del resto. Eso deja un hueco perfecto para la barbilla que, al acoplarse y presionar, hace que los codos, que estaban en el bordecito, resbalen y salgan de la mesa. El resultado es una caída corta pero brusca del tronco que queda muy fea en esa circunstancia. Para simular que el movimiento ha sido voluntario aprovecho la inercia y trinco el pan con asombrosa falta de coordinación. ¿Y ahora qué? Todos los monjes están en silencio, quietos, respetuosos, con las manos debajo de la mesa, y yo allí todo chulo, desafiante, con un cuscurro en la mano. Lo dejo de nuevo sobre la mesa con el cuidado que sólo se pone cuando colocas al niño Jesús en el Belén del colegio en presencia del profesor de religión que te da, además, matemáticas y lengua. Aprovechando un brote de inteligencia súbita pero fugaz, deposito el cuscurro al otro lado del vaso, y no donde lo había cogido tres segundos antes, justificando así ante miradas curiosas toda la maniobra anterior. Para ser improvisado, el plan es, cuando menos, semibrillante. Como vuelvo a no saber qué hacer con las manos, si cruzar o no los pies ni me lo planteo. Miro al frente, luego al techo como interesado en el gotelé y luego al plato. La postura con la que hago todo es tan antinatural y ortopédica que me van saliendo agujetas en tiempo real.

Al humillar un poquito más la cabeza compruebo que he desparramado sobre la mesa dos miguitas de pan de un milímetro de diámetro cada una, invadiéndome por ello el mismo sentimiento de culpabilidad que le asalta al

que entra en un quirófano con las botas llenas de barro. Providencialmente, y obviamente para romper el hielo, aparece en escena el hermano cocinero para dejar entre el jesuita y yo una fuente repleta de salchichas. A partir de ese momento me relajo, me sirvo dos, les pongo bien de sal, me las como con rapidez, y ya sólo me dedico a tratar de comprender cómo es posible confundir la sal con la pimienta siendo una blanca y fina y la otra negra y gruesa. En mi casa hubiera pegado un bramido y me habría abalanzado al fregadero para meter la boca dentro del grifo. Pero aquí retengo mis emociones como un hombre que sabe que ha cometido un error y me sirvo con elegancia un vasito de agua. Preocupado porque el ardor no remite, en el cuarto vasito pierdo ya la elegancia y el saber estar y me lo meto de un trago ansioso por servirme corriendo el quinto. El jesuita me mira y me hace un gesto idéntico al que los ciudadanos de a pie usamos para decir: «Qué huevos le has echado». Él lo habrá pensado en latín, pero lo bueno de la telepatía es que se traduce sola.

Una ensalada inofensiva de lechuga, huevo duro y una aceituna me ayuda a sofocar el incendio y me permite regresar a mi preocupación principal: los cuarenta monjes estarán mirándome fijamente tratando de averiguar «quién será, exactamente, este soplagaitas que se nos ha metido en el convento y, sobre todo, para qué». Pienso, no sé por qué, en la película *Lobo*. Decido entonces encarar la vida y tomar el rumbo de mis actos y giro la cabeza hacia ellos, con valentía, con la seguridad que a uno le da el haber hecho bien las cosas en la vida, sin faltar nunca a nadie aposta. Y compruebo que ninguno me mira. Como si no existiera. Y me siento como Miguel Ríos cuando ve que en el top manta no venden sus discos. Uno de ellos se sirve un vasito de vino relamiéndose sin disimulo, otro se toca la barriga confirmando con ello que las salchichas han sido de su agrado absoluto, otro bosteza sin tapujos, otro, muy joven de cuerpo, rebusca con un palillo trozos del banquete que se le han debido de extraviar entre los dientes y el padre Luisardo, sentado junto al abad, resopla satisfecho mientras pela su tercera mandarina. O sea, seres humanos como yo, rodeados de piel para que las carnes no se nos desparramen. Yo no sé por qué han suspendido a mi hija. Al final ella va a tener razón y el problema está en la profesora, que le tiene manía. Me relajo un poco y me hubiera comido una pera de no ser porque el hermano cocinero-camarero, que se parece a Michael Caine en moreno, ya ha retirado el frutero. Aquí hay que estar más atento de lo que yo pensaba. El padre abad, que cena solo en la mesa central como si nadie le ajuntara, toca una campanita y el hermano narrador se ve obligado a callarse sin terminar la frase. Todos se

levantan y de pie, cada uno ante su silla, entonan un canto de agradecimiento por las viandas recibidas y no merecidas. Salen de nuevo en orden y yo el último. Son las nueve y cuarto y me dispongo a ir por fin a mi habitación cuando el padre Luisardo me corta el paso adivinando sin duda mis miserables deseos de descanso. Sus instrucciones son de nuevo bastante concisas: «Ahora vamos a cantar a la Virgen Nuestra Madre por ser el último día de mayo primero lo haremos los hermanos y luego los escolanes ¿está claro? tú puedes colocarte detrás sin estorbar y al finalizar te vienes a la puerta de la capilla para las completas que ya te diré yo dónde te sientas y lo que tienes que hacer te he preparado el libro para que las sigas bien ¿comprendes? porque están en latín y me parece a mí que tú no... ¿está claro?». Dicho y hecho. Me coloco al fondo cuando los monjes empiezan a cantar. Es un canto curioso de escuchar y difícil de describir. Voy a hacer un esfuerzo. Es como si los niños de San Ildefonso, ya mayores, se reunieran para cantar a cámara lenta números de la lotería muy largos, de doscientas cifras, haciendo especial hincapié en no emocionarse para que nadie se entere muy bien de si le ha tocado el gordo. Pienso que no pasa nada si me siento en un banco de madera, ya que allí están sentados un sacerdote joven en persona y un niño que no parece participar del coro. Pero nada más sentarme me doy cuenta de que el niño está siendo confesado y de que allí sobro claramente. Me debato entre levantarme o decirle al cura que eso último que he oído no me parece pecado. No porque yo sea muy permisivo, sino porque en los diez mandamientos no dice nada de meter una naranja en el trombón de un compañero. Opto por lo primero por ser mi primer día de estancia en la abadía y por la inseguridad que me da el no tener claro si he encajado ya en la comunidad. Comienzan a cantar los niños y me maravillo de tal manera que *Los chicos del coro*, ese originalísimo plagio de *Cinema Paradiso*, me parece de pronto una versión *light* de *OT*. Alucino tanto que hasta me parece hermoso, en boca de aquellos chavales en chándal Nike y Gameboy en el bolsillo, algo tan siniestro como «Amantísima Madre, deseo morir bajo tu manto». El monje que les dirige no debe de pensar lo mismo de aquel coro de ángeles porque pone cara de morder un limón cada vez que entran los de atrás con el estribillo. Yo, como no entiendo, pues me parece que lo hacen fenomenal, pero el profesor, que sabe de música, ve todos los fallos. A mí me pasa lo mismo en lo mío cuando alguien me dice que le ha encantado la película *Los ángeles de Charlie*. Ya me explicó mi amigo Javier que aquí, cuando cumples los trece, ya no te quieren ni ver. Los trece representan ese momento en el que afloran pelos y granos indecorosamente por todo el

cuerpo, pero, sobre todo, cuando la voz blanca y angelical se torna marrón oscura y cazallera, con el desagradable paso intermedio del gallito incontrolado.

Antes de que me dé cuenta me hallo nuevamente en el interior de la capilla. Cuarenta hombres con hábito negro, la liturgia de las horas en sus manos, los ojos entornados y la cabeza inclinada hacia el suelo como cogiendo postura buena en caso de levitar, nos hacen compañía a un jesuita con sotana en actitud de comunión total con el más allá y a mí, que, con mis zapatillas Tiger y la sudadera recién quitada, no me doy cuenta de que estoy dejando al descubierto una camiseta naranja que dice I LOVE IBIZA y cuyo dibujito adjunto no pega allí ni con cola. Me acojo a sagrado como el jorobado de Notre Dame. Miro al techo y trato de colocar los pies en búsqueda de la respetuosa postura que no acabo de encontrar. Empiezan a cantar. Las completas se cantan en latín y es interesante intentar seguir la partitura. Digo que es interesante intentarlo porque conseguirlo imagino que será ya la pera limonera. Para empezar, el canto gregoriano se escribe en tetragrama en lugar de pentagrama, y para seguir, estoy en la página equivocada, circunstancia que me hace ver el padre jesuita al finalizar el canto y no antes. En el último momento, justo antes de dar gracias a Dios por dejarnos ir en paz, veo que el anciano sacerdote de la misma orden que mi tío Javier se empieza a caer lentamente hacia adelante y, convencido de que tiene una lipotimia favorecida por la combustión de las doce salchichas que se había tomado aprovechando que yo estaba liado bebiendo agua, me apresuro a agarrarle. Ése era el momento de gloria que yo andaba buscando, el gesto que me haría encajar entre los monjes definitivamente. Estaba a punto de salvar la vida a un hombre en presencia de todos los benedictinos, aunque se tratase de un cura de otra marca. El plan era perfecto, de no ser porque cuando le agarro con firmeza el jesuita me mira como si yo estuviera loco y compruebo que los otros cuarenta están en idéntica e inclinada posición. Momentos de tensión. Entonces entorno mis ojos y me echo hacia delante como ellos. Al carecer de práctica pierdo peligrosamente el equilibrio y me sujeto al banco de delante para no matarme. Y doy gracias. Doy gracias a Franco por haber encargado los bancos de la capilla anclados sólidamente al suelo con tornillos de acero del veintisiete largo. A las nueve y media salgo el último de la capilla. Todos creen que les dejo pasar por respeto cuando la realidad es que no quiero que vean que abandono el lugar sin la recomendada genuflexión. Diga lo que diga el padre Luisardo, soy un hombre libre hasta

mañana a las ocho y cuarto, en que he de volver a este lugar para unirme a mis hermanos en laudes, la oración de la mañana.

Llego a mi habitación perdiéndome sólo dos veces y no pasando más miedo que el habitual cuando uno busca su cuarto pasando por una sala deshabitada de piedra de mil quinientos metros cuadrados en la que nace un túnel gélido que conecta un convento de clausura con una cripta donde hay cuarenta mil personas sepultadas. Y de ambos bandos, lo que aritméticamente significa que al menos a un muerto, por narices, le caes mal. Me siento bien en mi celda, que cierro dando tres vueltas a la llave, no por el túnel ni por los difuntos, sino por dar gusto al padre hospedero. Saco mis libros, mis apuntes, coloco el ordenador sobre la mesa y mientras arranca me dispongo a traspasar al armario los tres calzoncillos y las tres camisetas que metí en la maleta a toda prisa horas antes cuando me imaginaba a mí mismo en una especie de parador-balneario hipertranquilo tomando una pepsi mientras escribía un guión de ocho goyas y medio entre paseo y paseo por el bosque. Y al sacar los calcetines veo la bolsa de aseo y me acuerdo de dos cosas: he de cepillarme los dientes y me estoy meando. Por ese orden. Simultáneamente compruebo que no hay cuarto de baño en mi habitación, que las únicas puertas son por la que he entrado y la del armario. No importa, habrá fuera uno común. Pero fuera no encuentro ni rastro de un baño. Como no me doy por vencido sigo buscando en aquel lugar deshabitado y, por suerte, vuelvo a pasar por la sala de piedra de mil quinientos metros cuadrados en la que nace un túnel gélido que conecta un convento de clausura con una cripta donde hay cuarenta mil personas sepultadas. Digo por suerte porque se me quitan las ganas de orinar y regreso a mi habitación en modalidad olímpica, donde desisto de trabajar y de meter la ropa en el armario y me recojo debajo de la manta hasta el día siguiente. Antes rebusco en la maleta, no vaya a ser que por lo que sea dé la casualidad de que haya metido un pañal. No hay suerte. Como son las diez ni pongo la alarma del móvil, convencido de que a las siete y media estaré más que despierto. Reconozco que algo en mi interior me hace dudar de ello, pero hago caso a mi otro trozo de interior, el de artista, y me pongo a roncar.

Efectivamente. Es ya la mañana siguiente y abro el ojo a las ocho y doce, o sea, exactamente tres minutos antes de que cuarenta benedictinos y un jesuita confirmen sus sospechas de que yo soy la manzana podrida que ha venido a perturbar su paz sin justificación aparente. Pues no. Porque doce años de realizador publicitario obedeciendo a los directores de fotografía, que, curiosamente, quieren todos rodar al amanecer porque es más lucido, me han hecho desarrollar la curiosa habilidad de no llegar con retraso levánteme a la

hora que me levante. Es una técnica secreta de la que sólo voy a desvelar un detalle para dar una idea de su refinamiento. Como precaución, la noche anterior se han de dejar los calcetines usados junto a la cama y de pie. Han de ser usados, porque los limpios no se sostienen solos. Lo tengo comprobado. De esta manera, al levantarme horrorizado por lo tarde que es sólo tengo que retirar la manta, girar el cuerpo noventa grados sobre sí mismo y dejar caer los pies de forma que éstos entren de una sola vez en los calcetines. Conseguido esto, el resto del procedimiento es fácil de llevar a cabo, siempre y cuando la camisa del pijama sea de esas que también dan el pego para salir a la calle. El caso es que a las ocho y cuarto, sofocado por la carrera y sin haber orinado todavía, estoy el primero en la puerta de la capilla. Me extraña que los demás no hayan venido aún con lo importante que es aquí la puntualidad y abro la puerta despacito, no vaya a ser que ya estén dentro. Efectivamente. Entro con los ojos achinados, como concentrado. Todo muy despacio, como si el suelo estuviera recién fregado. Están sentados unos enfrente de otros, a ambos lados de la capilla. El único que me mira es el padre Luisardo. Ya entiendo por qué no hablan: porque con la mirada se puede decir todo. Le respondo pidiéndole perdón con la mía. Nada más llegar a mi sitio al final de aquel banco corrido todos se levantan y giran su cuerpo con milimetrada sincronía hacia el altar. Al hacer yo lo mismo se quedan todos a mi espalda. Ya no puedo mirarles para copiar sus movimientos y no dejar al descubierto mi inmensa ignorancia sobre el comportamiento de un director de cine agnóstico en una capilla benedictina durante el rezo de laudes, cosa que, por otro lado, estoy deseando saber lo que es. Y además ahora todos pueden verme por la espalda, sin que me pueda defender, y comprobar que no me he duchado, que tengo el pelo aplastado, y que soy un despreciable perezoso que cuando ha salido de la cama a las ocho y doce minutos ellos ya llevaban dos horas y media en danza. Pero pienso que el no tener cuarto de baño me exime de asearme y que además ellos tampoco se han cambiado de ropa y siguen de negro. Como eso no me consuela pienso que me quiero a mí mismo y me acepto tal y como soy, motivo por el cual junto piadosamente las palmas de mis manos hincando con precisión los dedos índices en mis lacrimales. Es el momento en que detecto dos légañas gordas, del tamaño de dos lentejas, que sin duda ha tenido que ver el padre Luisardo por mucha vista cansada que tenga. Me las desincrusto con muchísima discreción, sin despegar las manos de mi rostro y las dejo caer al vacío con miedo a que por su tamaño hagan ruido al chocar contra la tarima. Pero no suenan. Las legañas ya saben que estamos en clausura y todo ha de ser sin

sonido. Además cabe la posibilidad de que el padre Luisardo achaque las legañas a que he estado toda la noche llorando por mis pecados. No quiero, de todas formas, engañarme y reconozco sobre la marcha que la posibilidad de que el padre Luisardo piense eso es altamente remota. Me mantengo en esa postura tan trascendental que impide sospechar que mi mente está en blanco y como pasan diez minutos sin oír un solo ruido, abro los ojos no sin dificultad debido a un efecto colateral del madrugón: se me han soldado las legañas. Giro un poquitín de nada el cuello pero muchísimo los ojos, como en las películas de espías de los años treinta, y veo que todos están de nuevo sentados y mirándose los unos a los otros. Y yo allí, como un pringado, de pie y mirando al altar dando tal cante que mi expulsión del recinto se empieza a palpar en el ambiente como se palpaba la de Aznar el 13-M.

Aguanto el tipo los cincuenta minutitos de nada de canto gregoriano meneando muy rápido la pierna y a la salida corro en busca de un baño cuando el padre Marceliano me da el alto para interesarse por mi guión, por mi tranquilidad y por mí en general. Le comento con delicadeza que no contaba con estar tan atareado y me sugiere que pida una dispensa especial al padre abad para no asistir a todos los oficios y así tener más tiempo para trabajar. Por desgracia, el que parece ser el ayudante del padre abad, que es como un monaguillo pero a lo bestia de grande, me recibe sobre la marcha. Digo por desgracia porque esta agilidad burocrática no me deja oportunidad para liberar la vejiga. Me dice que no me preocupe, que sólo les acompañe a las comidas y a dos oficios diarios, aconsejándome el de las ocho y cuarto por la mañana y el de las siete y media por la tarde. Estoy a punto de agradecersele y salir pitando cuando me dice que precisamente me quería comentar un asunto en nombre del abad, su superior directo. Como se supone que yo bien sé, la nueva ley que permite el matrimonio entre personas del mismo sexo va a provocar desarreglos irreparables en la familia y en la sociedad, coincidiendo el clímax del infortunio con la adopción de niños por parte de estas desajustadas parejas. Va al grano y me pide mi firma para unirla a todos los que están en contra de tal desaguizado. Le digo que estaré encantado de ayudarle en lo que sea, pero que eso no puedo firmarlo porque quién soy yo para impedir a los demás que hagan lo que les parezca. El hombre me mira y yo presiento con claridad la pregunta que me va a hacer a continuación: «¿Eres homosexual o todavía no?». Yo hubiera respondido que lo segundo, para no mentir, pero el monje mano derecha del monje que manda sobre los otros monjes no llega a preguntarme nada porque se conoce que justo en ese momento entra la ley del silencio en el convento y se queda

callado invitándome a salir de su despacho con un gesto amable pero sobrio, sin duda arrepentido por haberme liberado dos minutos antes de algunas de mis obligaciones monacales. Pero él es religioso y sabe mejor que nadie que santa Rita Rita Rita lo que se da no se quita, circunstancia que le ata moralmente de pies y manos y le impide la venganza y le tiene que tener a la fuerza fastidiado. Salgo de allí y me encuentro de frente, maravillado, con lo que llevaba tiempo buscando: el cuarto de baño. Me dirijo allí como un rayo cuando el padre Luisardo, muy atento y sin decir palabra, me intercepta agarrándome del brazo y me lleva muy amable hasta el comedor para el desayuno. Pensando en que no me lo puedo creer, no ofrezco resistencia. Ya no está el padre jesuita y ahora soy el único huésped en la abadía. Noto con gran alarma que estoy a punto de romper aguas cuando observo curioso que en mi mesa hay una especie de frutero vacío. Salgo de dudas sobre su utilidad cuando el hermano cocinero acude a donde yo estoy con una jarra metálica en cada mano y comienza a verter el café humeante en el interior del cacharro. Como no conozco el protocolo imagino que parará él solo, pero no es así y me veo obligado a romper el silencio con un precipitado y fuera de tono: «Vale, vale, vale, vale». Sólo queda un centímetro libre de ese bol gigante cuando le toca el turno a la leche. Comienza a verterla y, ahora sí, le hago en seguida con la mano el famoso gesto de «basta» tan utilizado en bares y cafeterías de todo el mundo. Aquí es donde queda patente que desconozco el procedimiento: así como la cantidad de café la eliges tú, la proporción café-leche es fija. El líquido queda al ras del borde de lo que yo pensaba era un frutero. Resultado: un hombre joven, con ganas de vivir, está en un convento meándose vivo desde anoche y tiene ante sí el reto de meterse en el cuerpo, en el tiempo récord de seis minutos, litro y medio de café con leche hirviendo. El jurado: cuarenta supercicutas que están desayunando un cafecito solo con una galleta y sin duda pensando: «A ver este listo cómo se mete ese despropósito para dentro». Y todo eso amenizado por un narrador que, en esta ocasión, lee las memorias de un ministro chino de principios del siglo veinte que se hizo benedictino. No me extraña: si yo nazco chino y me hacen ministro, a la primera ocasión me meto monje.

Los religiosos sin voz van terminando y dejando cada uno su cucharita sucia en una palangana verde y los tazones formando una pila en una mesa justo en el centro del comedor. Acudo a mis conocimientos de hidrodinámica para darme cuenta de que si no me lo bebo todo al apilarlo se va a quedar flotando el siguiente bol y que se va a derramar gran parte del café, que a continuación escurrirá hasta el suelo con estrépito y que me echarán de allí y

volveré de golpe y porrazo a mi hogar con la sensación de fracaso que da el no rematar una experiencia interesante. Me lo bebo abrasándome la boca sin decir ni pío. Con cuidado para que no se me resquebraje la próstata, con el inoportuno estruendo que eso traería acarreado, me levanto con mi tazón y mi cucharita soñando ya con el urinario. Avanzo apretando la entrepierna y al llegar a la mesita veo que el último monje ha depositado su bol medio lleno de cola-caó, o sea, que se podía, y ahora es el mío el que va a quedar flotando. Busco rápidamente con la mirada al malvado autor de aquella afrenta y sólo alcanzo a ver un fragmento de hábito negro desapareciendo entre la penumbra del pasillo. Como en *El nombre de la rosa*, que sabes que el asesino es uno de los monjes, pero ¿cuál? No lo pienso más y me dispongo a salir del comedor siempre con un paso corto, respetuoso, con mucho comedimiento, como si no me estuviera muriendo por llegar al cuarto de baño. Jamás en mi vida he avanzado tan lento teniendo tanta prisa. Llego por fin al baño y pierdo mucho líquido a medida que recupero la ilusión por las cosas hermosas de la vida. Inicio aliviado el camino hacia mi cuarto ya con otro talante y el paso más suelto y al atravesar la sala de mil quinientos metros cuadrados, ahora bañada por la luz del sol, no entiendo cómo me pudo dar miedo la noche anterior. En ese momento una bocanada de aire gélido sale del túnel provocando un silbido inspirado en las películas de Paul Naschy y subo pitando las escaleras como si tuviera veinte años. Al llegar arriba tengo que coger aire y me sorprende a mí mismo apoyado en la pared como si tuviera sesenta. Hallo la media y me sale justo mi edad: cuarenta. También se puede hallar sabiendo el dato de que un primo mío, que es medio tonto, tiene veinte. Pienso que tengo que dejar de fumar, pero caigo en la cuenta de que lo dejé el año pasado y entonces, sin perder un instante, me deprimó. Llego a la habitación. Enciendo el ordenador. Voy a meter la ropa en el armario y al abrir la puerta de éste compruebo que no es un armario, sino el cuarto de baño. Nuevo, limpio, amplio, con ducha. Hay dos toallas blancas relucientes, pastilla de jabón y botecitos de gel y champú. Dos rollos de papel de repuesto. Tengo ganas de llorar pero no me veo allí, en una abadía de clausura, padre de familia numerosa de segunda y con un trabajo que me permite viajar mucho, llorando porque lo que yo creía que era un armario es un cuarto de baño pistonudo. Qué casualidad que mi padre y yo tenemos el mismo coche y el mío es cojonudo y el suyo pistonudo. Se trata de una paradoja collejo-generacional. Intento hacer pis de nuevo para amortizar el descubrimiento, pero como acabo de hacerlo, pues más que pis hago el ridículo. No obstante, tiro de la cadena. Nadie sabe por qué. Me asomo a la ventana y veo algo insólito. Cuatro

monjes caminan juntos conversando por la galería exterior. Les veo aparecer y desaparecer entre los arcos. Dos van en el sentido de la marcha y dos marcha atrás, de forma que charlan perfectamente como si estuvieran sentados en torno a una mesa. Al llegar al final del pasillo se detienen una centésima de segundo y cambian de sentido sin girarse, yendo ahora marcha atrás los que hasta hace un instante lo hacían hacia delante, y viceversa. Qué buena idea. Cómo no se me había ocurrido nunca. La imagen me recuerda a un anuncio de Renault en el que no se veía el coche, sólo a los ocupantes como desplazándose en el aire. En cualquier caso reflexiono y achaco el invento a que el escaso tiempo diario en el que se les permite hacer uso de la palabra no quieren malgastarlo en la maniobra de dar la vuelta.

El día es espléndido. Los pájaros cantan y las nubes se levantan, así que apago el ordenador y me dispongo a dar un paseo. Y caminando caminando llego a la base de la cruz, a mil ochocientos cincuenta metros de altura. Mis pulmones llegan, puntuales, diez minutos más tarde. Las estatuas de Juan de Ávalos me parecen mucho más grandes de lo que recordaba. Y las recordaba gigantescas. No comprendo cómo se puede esculpir algo de semejantes dimensiones. Es el vértigo hecho piedra. ¿Por dónde habrá empezado el escultor? Seguro que tenía un ayudante que era de verdad el que le sacaba las castañas del fuego, como el señor que le pasa a tinta los cómics de Mortadelo y Filemón a Ibáñez. Eso es lo primero que pienso, porque lo segundo es ¿conocerá Terry Gilliam el Valle de los Caídos? Fijo que sí. Es como si yo no conociera las cataratas del Niágara, que, por cierto, no las conozco. Esa cabeza de león de doce metros de ancho bien podría haber acompañado al barón Munchausen en alguna de sus aventuras. Desde allí el inmenso felino lo ve todo. Seguro que los días despejados ve hasta el Carrefour de Alcobendas. Y observo el monasterio, ese edificio enorme que ahora se ha vuelto diminuto. Me parece tener una alucinación cuando veo en el patio a los cuarenta chavales cantores jugando al béisbol. No jugando al fútbol, ni al mus ni bailando la jota. Jugando al béisbol. Si Franco levantase la cabeza...

Si Franco levantase la cabeza se daría un porrazo en la frente contra la losa de granito monolítico que sella su permanente estancia. Así de simple y así de lapidario. El granito es una cosa que los adolescentes creen compuesta de pus y pielecilla tensa pero que, en términos geológicos, lo está de cuarzo, mica y feldespato. O sea, más duro que catear cinco en junio cuando te habían prometido en casa un Vespino en caso de sacar todo sobresalientes. En el caso de mis hijos esto sería de dureza relativa al ser yo un padre moderno. De forma que a lo mejor resulta que el caudillo levantó la cabeza cuando apareció

Carrillo con peluca y nadie nos enteramos porque la piedra del sepulcro amortiguó el ruido del coscorrón. Eso sí que es clausura y no lo de los benedictinos. Franco encargó la puerta del convento de madera maciza para que yo no escapara y luego a él le encargaron una lápida de tres metros de largo por dos de ancho y cuarenta centímetros de grueso. Se siente. Aunque igual resulta que la dejó él mismo encargada en persona. No para no poder salir, sino para que no entrase más nadie. Porque yo he visto su tumba y puedo asegurar, sin entender mucho de materiales de construcción, que debe de pesar, aproximadamente y sin miedo a equivocarme, un huevo y la yema del otro.

El asunto es que el béisbol es un deporte absurdo en donde se juega por turnos y los jugadores se resfrían porque sudan mucho un rato y luego tienen que estar un tiempo parados. El caldo de cultivo perfecto para los constipados. Y lo peor no es estar parado. Es estar parado pero atento, que agota muchísimo y encima no quema calorías. Es lo que les pasa a los policías que custodian el portal de Mariano Rajoy, que no tienen que hacer nada pero tienen que permanecer al loro cada segundo. Qué trabajo más desagradecido. Si pasa algo es porque no estaban atentos y basta que estén atentos para que no pase nada. Solución: que custodien la casa cuatro policías, dos atentos y dos a por uvas. O cuatro monjes, dos para adelante y dos para atrás. En cualquier caso, el que inventó ese trabajo lo hizo a mala idea.

Vuelvo a mi habitación y compruebo indignado que no me la han hecho. ¿Qué clase de convento de clausura es este en el que sales a pasear y a hacer tus llamadas y cuando vuelves ya avanzada la mañana no te han hecho la celda? Si llega a haber teléfono en la habitación llamo a recepción. En caso de que la hubiera, que tampoco la hay. Para calmarme hago la cama yo mismo aunque sea chico mientras pienso sobre el Valle.

Para unos es un símbolo de represión, de dictadura, de injusticia. Para otros un santuario y un recuerdo a los muertos. Para otros un monumento histórico único cuya presencia nos ayuda a conocernos mejor a nosotros mismos y aprender así de nuestros errores. Para otros un engendro de piedra cuya existencia convendría eliminar para poder vivir en paz. Para otros no es nada. Para otros lo es todo. Pero para mi amigo Javier, inconscientemente ajeno a todas estas consideraciones, el Valle de los Caídos es música. Es el lugar donde aprendió a cantar, a tocar la flauta travesera, a leer partituras de siglos atrás y el lugar donde además hizo cuarenta amigos que lo serán para siempre. En estos pensamientos me hallo cuando me doy cuenta de que los monjes van a empezar a comer en silencio y sin mí. Salgo de mi habitación

como los dibujos animados de la Warner. Primero empiezo a girar las piernas a mil revoluciones por minuto, luego éstas se van y al rato me voy yo como si me hubieran dado un tirón muy fuerte. Una vez en el comedor, e iniciada la narración sobre la adolescencia e ingreso en el servicio militar de Ratzinger, me fijo por primera vez en que hay una botella de vino a mi disposición. El envase es sospechoso pero no hago caso a las apariencias y me sirvo un buen vaso. Lo pruebo. Es un vino joven, recio, de color rosado. En dos palabras: de mesa. Pero entra. Si me viera Ratzinger, infiltrado en uno de sus conventos pimplándome media botella de Perlado de Ávila mientras escucho sus vicisitudes en la aviación durante la segunda guerra mundial, seguro que daba aviso al padre Luisardo para que me cambiase de habitación y me dieran una con una puerta que pareciese un baño pero que cuando la abres con un apretón descubres que no es más que un armario empotrado. Eso sería muy cruel pero revelaría un refinado sentido del humor por parte del Papa que yo aplaudiría. Me pregunto si los papas y cardenales se harán bromitas entre sí. Seguro que algún cardenal ha pensado en cambiar el combustible de la chimenea del Vaticano durante algún cónclave para que salga fumata blanca sin tener todavía papa elegido. En plan cachondo. O a lo mejor el Papa le ha hecho la petaca en la cama a algún obispo cuando estaban de ejercicios espirituales y no ha trascendido al ser la víctima un obispo tan bajito que no se dio cuenta de que la sábana estaba remetida. Pero la broma madre de todas las bromas la tuvo a huevo el generalísimo Franco el día en que se inauguró el Valle de los Caídos y al hombre ni se le ocurrió: decir muy cabreado que había que repetirlo todo porque el párking de diez mil plazas construido en la explanada exterior él lo quería también subterráneo y al ratito decir «que noooo, hombre, que nooo». Quizá si me quedo más de tres días aquí lleguen las memorias de Ratzinger hasta este tipo de entretenidos momentos. Teniendo en cuenta que ahora vamos por mil novecientos cuarenta y uno y los nazis todavía no han entrado en Rusia, quizá en tres meses de clausura empiece el monje narrador a relatar durante los almuerzos la parte más pop de la biografía. Para poder presenciarlo tendría, en todo caso, que hablar con mi mujer. No para pedirle permiso para prolongar mi estancia, que yo soy el único dueño de mis actos, sino para ver si me deja quedarme un día más, pero, vamos, no creo. A no ser que se haya liado con el pintor. Ahora que lo pienso me empiezo a inquietar porque aquel hombre me dijo: «Váyase tranquilo, que yo aquí tengo lío». ¿Qué quiso decir? En cuanto acabe de comer llamo. No porque dude ni un ápice de mi mujer, que ya me la ha hecho más veces, sino para quedarme más tranquilo. De todas formas, si mi mujer

me engañase con un pintor yo lo detectaría en seguida por las manchas de pintura en su cara y los trozos de papel pintado y pelos de brocha rubia enredados en su pelo. Me viene a la cabeza la imagen del pintor quitando con mimo los pliegos enteros de papel pintado y es cuando me acuerdo de que usaba rodillo. Dios mío, qué paranoia más ridícula. Parezco Woody Alien cuando no interpreta. Diría que me estoy volviendo loco si no fuera por el hecho de que me he encerrado voluntariamente en un patrimonio nacional.

Éstos son dos presos políticos que están construyendo la basílica en el año mil novecientos cuarenta y siete cuando de repente aparece Franco por sorpresa a vigilar el estado de las obras. Uno de ellos agarra con furia su pico y murmura con odio: «¿Qué hace aquí este tío?». El otro, reteniendo a su compañero para que no cometa una tontería, le dice al estilo película de vaqueros: «Tranquilo, está cavando su propia tumba».

Termina la comida y los monjes dan gracias a Dios y ni mencionan al hermano cocinero, lo que me parece una falta de delicadeza para con él. Porque es verdad que Dios nos da los animales y los vegetales y el agua y el sol, pero el que se ha tirado toda la mañana juntándolo todo con esmero para convertirlo en paella ha sido el hermano cocinero. Las cosas como son.

Para bajar el arroz con conejo y asimilar el chispeante vino rosado, me doy un nuevo garbeo por el Valle. Y qué mejor para ello que hacerlo en coche, sin el agotamiento de caminatas inútiles. Miro maravillado el paisaje que me rodea. Qué injusticia más grande que mi mujer esté en Madrid trabajando y luego ocupándose ella sola de nuestros tres hijos y de la casa y haciendo la compra y yo aquí disfrutando. Sería mejor que fuera ella la que estuviera aquí. Pero claro, entonces yo tendría que estar en la playa. Digo para mantener siempre una proporción. En ese caso, ¿quién cuidaría de los niños? Es la pescadilla que se muerde la cola. Dejo el coche de nuevo en el parking del monasterio. Es una explanada enorme en cuyo centro se dibuja perfectamente la sombra de la inmensa cruz que corona la montaña. Como las dos mil plazas están libres, lo dejo en todo el medio, a la sombra. Me llama la atención una cancha de baloncesto que se adivina entre los árboles y me dirijo hacia ella. Descubro un campo de fútbol que calculo de un tamaño dos veces el del Real Madrid. A Santiago Bernabéu se le debió de pasar llamar en persona al Pardo para decirle a su excelencia en persona que redujese el tamaño del campo. Paseo adentrándome en un bosque de pinos. Sigo un sendero como de cuento infantil y llego a un hermosísimo lugar: el cementerio de los monjes. Al principio no me doy cuenta de que están muertos porque como están callados no caigo. Los monjes muertos son como

los vivos sólo que no se mueven. Siguen siendo monjes, por así decirlo, pero sin hacer gasto. Regreso a la celda a por la cámara de fotos ya que, aparte de visitar las ferreterías de los lugares a los que viajo, mi otra debilidad es fotografiar cementerios. Con la ingenua idea de atajar utilizo el único camino posible atravesando de nuevo el p rking. Y all  me encuentro con una situación embarazosa: la sombra de la cruz se ha desplazado unos metros y mi coche est  al sol.

Miro a la cruz enojado injustamente porque la culpa es de la tierra que gira y no suya. Son prejuicios ridículos que no llevan a nada. Pero eso no es lo peor. Lo realmente embarazoso es que la explanada, además de parking, es el campo de béisbol y ahora hay cuarenta niños y un monje entrenador jugando la final con un coche colocado con insultante precisión en el centro aritmético del campo. Cuarenta niños y un adulto que no expresan lo que realmente sienten por mí porque saben que irán al infierno.  Pero cómo pueden relacionarme con el coche? Difícilmente. Nadie me ha visto aparcar.  Qu  conexión puede haber entre el único coche en todo el aparcamiento del monasterio y el único huésped de este mismo monasterio? Estas conclusiones me alivian pero, como de pronto me siento poco valiente, me dan ganas de afrontar mis errores, aparecer all  sin tapujos y retirar mi coche diciéndoles a todos: «Hey, chavales, soy el de Mortadelo y Filemón». Imagino por un momento a todos interrumpiendo el juego para pedirme autógrafos con educada emoción mientras me cantan con cariño una polifonía mozárabe. Pero pongo los pies en la tierra porque son cuarenta más un monje-árbitro de rigurosa sotana y uno de ellos, de los de trece años además, tiene un bate de béisbol. Así que abandono el lugar pasando inadvertido como un cobarde entre los pinos y dejo a mi coche jugando con ellos. Me meto en mi habitación como un conejo en su madriguera. El t pico conejo que sabe que ha dejado el coche mal aparcado. Como la cámara de fotos est  en la mesilla me siento en la cama, que me pilla al lado, y sin saber por qué me tumbo un momento. Miro el reloj, son las cinco. Cierro un moment n de nada los ojos. Los abro. Miro el reloj y son ahora las siete y veinticinco. « Co o, qué truco más bueno me he hecho a mí mismo!», pienso, y salgo pitando para no llegar tarde a la oración de vísperas y dar un disgusto innecesario al padre hospedero. Cuando llego a la capilla abro la puerta y no veo a nadie. Oigo los pasos de alguien que se acerca y hago como que camino despacio, muy pensativo, por el pasillo. Los pasos eran del mismísimo padre Luisardo, que me sorprende en reflexiva actitud. Se acerca y se muestra cariñoso: «Así me gusta, que además de trabajar saques tiempo para la meditación». Suena el

timbre, llegan los demás, entramos, rezamos, salimos, entramos al comedor, cenamos excelentemente mientras Ratzinger se ve en la tesitura de desertar o no de las SS y entonces el padre abad toca la campanita dejándole al monje del micro con la frase a medias. El narrador se muestra molesto. El resto de los monjes, sin duda por su espíritu generoso, comprenden a su abad porque dan por hecho que éste lo ha hecho única y exclusivamente para tocarle los cataplínes al del micro y acercarle así más a la santidad a través de la mortificación. Nos retiramos. Me escaqueo con elegancia de acudir a completas, la oración de la noche. El propio abad, sin estar en persona, me dio permiso para ello cuando todavía no sabía que yo le iba a traicionar no firmando el manuscrito contra el matrimonio gay. Y de pronto llego a una conclusión que me gustaría compartir con él en el supuesto improbable de que encontrase la ocasión propicia: el colectivo gay es uno de esos colectivos que defienden sus derechos con uñas y dientes pero que luego se irritan mucho cuando otro colectivo, como por ejemplo el de los benedictinos de la abadía del Valle, intenta defender los suyos. Carod Rovira dice que lo de fotografiarse con la corona de espinas es una broma simpática sin importancia, pero jamás admitiría que un benedictino se fotografiase utilizando simpáticamente la bandera catalana para recoger cagadas de cabra, en plan cachondo. Hay quien tiene sentido del humor unidireccional y eso, aparte de ser trampa, no tiene ninguna gracia. Zapatero seguramente pensará que los monjes de clausura deberían salir más por el mundo, dialogar más, viajar en metro y frecuentar discotecas. Estoy de acuerdo. Pero los monjes de clausura también pensarán que Zapatero debería pasar un par de días de retiro en un monasterio dialogando menos para conocerse mejor a sí mismo. También estoy de acuerdo. Si está con mucho trabajo, que reserve durante la semana blanca, que quien más quien menos se coge unos días. Dicen que Bush pasa más tiempo al año de descanso en su rancho de Texas que en Washington trabajando. Yo propongo que, en agradecimiento por todo lo que ha hecho ya por la humanidad, se le otorguen vacaciones anuales de trescientos sesenta y cinco días, uno más en el caso de los años bisiestos.

Conclusión, que estoy por presentarme ante el ayudante del abad y decirle que lo he pensado mejor y que firmo. Pero no lo hago por miedo a que el prior, un hombre seguramente imprevisible, me diga: «Pues yo también lo he pensado mejor y desde mañana mismo vas a venir a maitines a las seis y media, cacho mariquita». Y ojo, que estamos hablando de las seis y media de la madrugada y yo a esa hora físicamente no me puedo levantar porque tengo las legañas a medio hacer. Cuando alcanzo el pasillo de la hospedería interna

me doy cuenta, al no ver nada, de que la luz no funciona. Como la oscuridad es total localizo mi habitación por el método braille: en un pasillo de cien metros hay que encontrar el agujero de la única puerta palpando con las manos. Para más inri la pared es de gotelé, aplicado además, años atrás, por un pintor exbrigadista que no hablaba español. Al pasar la prueba me recojo en mi habitación y me planto frente al ordenador. El silencio es tal y la temperatura tan agradable que no puedo concentrarme. Así que lo apago, ya que al ser un portátil se chupa la batería en nada y yo ya estoy empezando a contagiarme de esta atmósfera de austeridad. Me cepillo los dientes con muy poquita pasta y para animarme me termino el libro que traje ya muy avanzado: *Desgracia*, de Coetzee. Cerrando los ojos y pensando en lo afortunado que soy con mi mujer y mis tres hijos, y sobre todo lo afortunados que son ellos sin que yo esté en casa dándoles la brasa tratando de averiguar quién ha dejado encendida la luz del garaje, me preparo para pasar mi segunda noche en el Valle.

Hoy, tras la oración de laudes, me arranco y decido participar en las plegarias. Un monje joven con cara de ¿qué pinto aquí? dice en alto: «Te pedimos, Señor, que por tu bondad infinita se acabe el hambre en el mundo». Todos repetimos: «Te lo pedimos, Señor, de todo corazón». De manera, y esto es una primicia, que ese tema se va a solucionar. No se concretan fechas ni calendario, pero lo importante es que el asunto del hambre lo hemos dejado encarrilado. Pero pasa una cosa en la que no han caído los monjes: si el hambre en el mundo se soluciona miles de trabajadores del Domund y de Unicef se quedan sin trabajo, y aquí estaremos otra vez nosotros, cuando sea, en la capilla, pidiéndole a Dios con todo nuestro corazón que se solucione el tema del paro en el mundo, en cuyo caso todo el personal del Inem empezará a pasar hambre. Podríamos así caer en un círculo que por vicioso no agradaría a Dios y meter a la humanidad en un lío, incluidos los tibetanos, que no le han pedido nada y por tanto son inocentes. La segunda plegaria sugiere al Creador que sane a los enfermos. O sea, toda la seguridad social, dentistas, podólogos, psiquiatras... a la calle. Y todos sabemos que un psiquiatra en la calle y descontento es muy peligroso, por lo que la inseguridad ciudadana se dispararía. Habría entonces que invertir más en policía, recortando lógicamente las subvenciones a asilos de ancianos, como en el video juego ese de construir una ciudad. No me gustaría estar en el lugar de Dios. Tiene que ser muy difícil por mucho que todo el mundo te dé las gracias por todo antes de acostarse. Teniendo en cuenta que la tierra gira y en el planeta por tanto nos vamos acostando por turnos, siempre hay un par de cientos de

millones de hijos suyos mostrándole su agradecimiento. También hay gente que, para compensar y que no cante tanto peloteo, le ofrece su dolor. Yo me imagino que estoy en casa y me llama por teléfono mi cuñado: «Oye, que me he dado una piña en la moto y he perdido todos los dientes contra el bordillo y te llamo para decirte que te quiero y que te ofrezco mi dolor». Cuando menos me resultaría raro y lo primero que pensaría es que maltrata a mi hermana. Pero de pronto veo la luz y lo comprendo todo. Los monjes benedictinos no tienen un pelo de tontos por mucho que las carmelitas descalzas se empeñen en afirmar lo contrario. Saben perfectamente que al solucionar un problema automáticamente se crea otro y [así son ellos los que siempre tienen trabajo! Ahí está el tema. ¿Qué haría este puñado de hombres buenos si todo marchara impecablemente bien en la tierra? Me imagino a ese monje joven con cara de ¿qué pinto aquí? elevando a Dios las nuevas plegarias: «Te suplicamos, Señor, desde lo más profundo de nuestro ser que el Logroñés se clasifique para la UEFA y que la nueva operación de cirugía plástica de tu sierva doña Isabel Preysler de Boyer y Boyer salga bien y se le disminuyan esas patitas de gallo que tanta lata dan al equipo de maquillaje de los anuncios navideños de Porcelanosa». No sería lo mismo.

Desayunando noto que el abad me mira de reojo. Sin duda, ya le han informado de mi negativa a la firma. A saber cómo le habrá llegado la noticia. Habrá ido pasando de monje en monje hasta llegar a él, todo en silencio con los equívocos que eso provoca, y probablemente lo que el abad ahora conoce es que yo voy por ahí 'pidiendo firmas para adoptar un niño gay, a ser posible protestante. También me fijo por primera vez en que hay muchas más sillas que monjes, lo que deja patente que han corrido mejores tiempos para la vocación. No hace falta ser un erudito en ciencias sociológicas para comprender que la consecuencia más dramática de esto es, sin duda, que los monjes no pueden jugar a la silla. Para la ejecución de tan entretenido juego ha de haber más jugadores que asientos y, al ser al contrario, sólo queda la posibilidad de que las sillas jueguen al monje, cosa que, si la piensas, es una estupidez. Yo por eso no la pienso. El caso es que la vida monacal sin jugar a la silla se hace muy monótona. Aquí todos saben lo que va a ocurrir mañana a las cinco y siete minutos. Por eso no tienen cabida los monjes listillos de los de «lo sabía» o «ya lo dije yo», dado que todos conocen el futuro de antemano. Ahora yo soy la novedad pero noto que, en sólo dos días, ya estoy monotonizado. Sé, por ejemplo, que mañana a las ocho y doce en punto me despertaré horrorizado por haberme quedado dormido. También sé que dormiré no obstante tranquilo habiendo dejado mis calcetines de hoy tiesos y

en el sitio exacto, y la pasta de dientes ya untada en el cepillo. Otro truquillo de mi técnica es tomarme, justo antes de dormir y después de lavarme los dientes, un puñado de cacahuets en previsión de que al día siguiente no haya margen suficiente para el desayuno. Los frutos secos te aseguran el aporte calórico para no quedarte acarajotado a media mañana. José María Aznar, por ejemplo, no los tomó la noche del día anterior a decirle a Bush que hacía pandi con él. Ahora le han dicho en el Club que se los tome religiosamente, o sea, cada ocho horas, a ver si se hace otra vez con los mandos y recuperan terreno todos un poquito, que el islam se nos echa encima. Para no hacer gasto innecesario llamándole por teléfono, que desde Torreciudad es conferencia, su director espiritual se lo ha comentado en persona aprovechando que se tenía que pasar por su despacho a por un sobre cerrado.

Como estoy deseando regresar a mi cuarto, ponerme delante del ordenador, abrir el programa de escribir guiones y quedarme de nuevo en blanco hasta cerrarlo respondiendo que sí a la pregunta: «¿Desea abandonar la aplicación sin salvar la nada?», me voy a dar un paseo por la montaña. Máxime cuando está archidemostrado que trabajar te parte el día. Subo por un camino forestal. Lo que en un par de meses será un secarral ahora está plagado de flores silvestres. Es todo tan bucólico que me dan ganas de no estar enamorado de mi mujer para volverme a enamorar de ella otra vez, con lo bonito que eso es. Camino como con decoro, con las manitas atrás y pisando la tierra sin hacerle daño. A estas alturas de mi estancia aquí ni se me ocurriría, por ejemplo, meterme las manos en los bolsillos del vaquero como si me importase todo una mierda. Al final de mi ascenso llego a un lugar, sin duda ultrasecreto, que nadie jamás ha logrado fotografiar y que yo hubiera hecho de no ser por no haber traído la cámara: un embalse de agua. Como los pantanos enormes que Franco inauguró por toda la geografía española, pero en pequeño. Allí, claramente, es donde el caudillo practicaba. Se hizo su pantanito para ensayar. Por eso cuando inauguró el fastuoso embalse de la presa del Atazar, con la presión de tener las cámaras del nodo filmándole por delante y por detrás, dijo a la primera y sin titubear: «Inauguro pantano», con ese aplomo y seguridad que sólo te da el haber ensayado. Tú mete a Robert de Niro en un helicóptero sin decirle adónde va, suéltalo en una presa rodeado de periodistas, dale una tijera y dile que inaugure y ya verás como se equivoca, como no lo hace bien a la primera. Cojo una piedra plana y la lanzo con destreza para romper con sus brincos la superficie del agua. Como el ángulo de salida es perfecto, calculo que va a superar los ocho o nueve saltos. En el primer impacto el agua, muy negra por cierto, se traga la piedra sin

explicación científica y sin provocar onda alguna y el yuyu que este incidente me provoca es tal que salgo de allí pitando y sin mirar para atrás. De todas formas, el hecho de bajar mirando para adelante me viene bien al tratarse de un precipicio muy empinado y pedregoso.

La comida de hoy es copiosa. Quiero decir con esto que es copia exacta de la de ayer: paella, ensalada y pera, todo regado con ese vino perlado de Ávila que tanto invita a la siesta cuando te excedes y te tomas el vasito entero. Ratzinger se ha escaqueado de la guerra como Dios le manda y regresa a su casa de Traunstein dando una sorpresa enorme a sus padres, que, creyéndole muerto en la contienda, ya habían transformado su habitación en una salita de estar supercómoda. Y cuando, al cabo de los meses, aparece su hermano mayor, al que también daban por caído en el frente, el padre abad va y toca la campanita sin cortarse y el monje del micro se tiene que callar en el acto mirando de reojo a su jefe con rencor acumulado.

Ya en mi habitación me ausculto y me autorreceto reposo absoluto. La siesta es tan reparadora que me despierto a las siete y treinta y cuatro minutos. Esto significa que, por primera vez, no he acudido a mi obligación de acompañar a los monjes en su oración de vísperas. Es como si ellos me hubieran dejado de dar de comer por un día. Me avergüenzo y me ducho. Bajo a cenar con mucho tiempo para pensar bien la mentira piadosa que le voy a endilgar al padre Luisardo. Porque si le digo que no he ido porque «he estado sobando toda la tarde» a lo mejor se muere allí mismo del infarto por el desagravio. Pero el destino no quiere que yo tenga tiempo para preparar mi coartada y coloca al padre Luisardo frente a mí, cara a cara, nada más bajar la escalera. Estoy a punto de decir «lo siento de todo corazón» cuando me dice en un tono tan cariñoso que casi ni le pega: «Mira, que te tengo que pedir disculpas porque hoy no hemos tenido vísperas y no he podido avisarte, ¿comprendes?». Entonces, con la capacidad de improvisación que sólo un centenar de reuniones de reproducción en agencias multinacionales de publicidad puede darte, le digo: «Me ha extrañado, porque he bajado más pronto que nunca y he estado hasta las ocho esperando. Pero no pasa nada, he aprovechado para pensar en mis cosas». El padre Luisardo añade: «He subido a tu celda a las cinco para decírtelo, pero no estabas». Por un momento tengo la sospecha de que va a terminar la frase: «Pero no estabas... despierto, julandrón». Pero no es así. Al ver que no me ha descubierto me envalentono: «No, he estado paseando por el recinto, con este día tan espléndido que tenemos hoy». El monje, al que se le ve feliz, vuelve a felicitar me por sacar tiempo para meditar entre tanto trabajo y se marcha pidiéndome de nuevo

disculpas. Y entonces me surge una pregunta de trascendencia media: ¿cuántas veces en la historia multitud de hombres santos habrán estado durmiendo la siesta con pijama y orinal mientras sus hermanos de convento estaban convencidos de que se hallaban trabajando hasta la extenuación o redimiendo arrodillados sobre dos garbanzos o sufriendo en silencio por los pecados de los demás? Respuesta: más de una. Y encima los otros hermanos, muy preocupados, echando horas y horas en la capilla pidiendo por ellos y sus intenciones. Por eso les salía tan bien la siesta a los hombres santos. En el cine, cuando alguien se acuesta un ratito después de comer, le llamamos «hacer un cameo». En Hollywood, por ejemplo, son muy de acostarse.

El caso es que el padre Luisardo desaparece por una puerta del laberinto y yo sigo hacia el comedor. Recorro el pasillo de doscientos metros de la escolanía, luego tuerzo a la izquierda, atravieso la nave de mil quinientos metros de la que sale el túnel del miedo, salgo por una puerta idéntica a la que acabo de usar para entrar, tuerzo a la derecha y encaro el largo y simétrico pasillo de la abadía con, por primera vez en mi vida, diez minutos de margen. Entonces me cruzó con un monje mayor, de unos doscientos años, al que no había visto hasta ahora y que camina tan despacio que es difícil distinguir si va hacia adelante o hacia atrás. Como veo que tiembla más que un flan haciendo motocross, le cojo fuerte del brazo para ayudarle y es cuando me transmite el tembleque de tal manera que yo también parezco nervioso. Le acompaño hacia donde él parece guiarme, por supuesto con el lógico miedo a que el movimiento haga que se me desprendan los empastes de las muelas. Decir no dice nada. De pronto caigo en la cuenta de que mi margen de tiempo para alcanzar el comedor tampoco es tan amplio y que, como ese monje vaya más lejos de cinco metros, no llego. Sé que un segundo después de la hora ya no está permitido el acceso al comedor. Pero hay suerte y me señala una puerta con su bastón. El palo se menea de tal manera que se ve movido, como en las fotos con poca luz. La puerta, nuestra ansiada meta, está a un metro veinte centímetros de distancia, por lo que echamos un ratito en llegar. Al abrirla aparece otro monje un poquito más joven, de unos ciento treinta años y con similar grado de Parkinson, dispuesto a tomar el relevo. Para ganar tiempo me voy despidiendo respetuosamente del padre Fitipaldi, pero nos hacemos un lío en la entrega tratando yo de evitar que ninguno de los ancianos quede sin apoyo ni por un momento. Haciendo un casi imposible giro con tirabuzón sobre mí mismo para desengancharme del grupo pero dejando trincados a los dos monjes entre sí, consigo finalmente zafarme y salir pitando por el pasillo, por supuesto con la precaución de no volver la

mirada y evitar así presenciar el más que probable derrumbamiento. No porque ojos que no ven corazón que no siente, sino porque hacerme cargo de semejante colapso me retrasaría sin duda sobre el horario previsto y me quedaría sin cena. No es que me importe quedarme un día sin cenar, es que no estoy dispuesto. Pero, consciente de que estoy cometiendo un delito de denegación de auxilio y de que eso es una bajeza, al dar la curva del pasillo les miro por si acaso con el rabillo del ojo. Y observo maravillado, por primera vez en mi vida, un fenómeno natural de primerísima magnitud: los monjes tiemblan en la misma frecuencia pero desfasados, por lo que, al estar conectados, sus temblores se contrarrestan y, por consiguiente, se anulan. Esto hace que sus cuerpos permanezcan absolutamente en reposo, quietos, impertérritos, lo que nos lleva a formular en primicia la cuarta y hasta ahora desconocida ley de Newton: «Si dos cuerpos con movimiento continuo y permanente desde hace años se quedan en reposo al conectarse, tratar de separarlos no son más que ganas de quedarse sin cenar».

De nuevo pendiente del camino, atravieso con prisa la nave de mil quinientos metros, giro a la izquierda, luego a la derecha, atravieso el pasillo de la escolanía, subo la escalera corriendo y llego, exactamente a las ocho y media en punto, a la puerta de mi habitación. Este pequeño error de orientación espacial, que no es culpa mía, sino que es porque me falta no sé qué líquido en los oídos desde la infancia, me cuesta la cena. Me meto para adentro del cuarto, no sea que pase algún chaval cantor y me vea llorando. Positivizo la situación de inmediato y busco salidas alternativas que me sorprendan a mí mismo. Llamo a mi casa y la conversación con cada uno de mis hijos me recuerda lo aburrida que sería mi vida sin ellos. Siempre encontraría las tijeras y el papel celo pero, a cambio, no tendría nada que recortar ni nada que pegar. Mi mujer me deja caer que está al borde de un ataque de nervios y yo le digo que lo que tiene que hacer es relajarse y no estresarse tanto. No agobiarse y aprovechar bien su tiempo, organizarse. Noto que la he tranquilizado porque me cuelga, sin duda impaciente por poner en práctica mis sabios consejos de relajación y autocontrol. Desde la paz del monasterio uno se da cuenta de que en la vida mundana la gente se ahoga en un vaso de agua.

Por ser mañana mi última jornada en la abadía tomo la firme decisión de levantarme a las seis y cuarto, cuando lo hacen todos los componentes de la comunidad. Así se lo hago saber a mi teléfono móvil cuando lo pongo en modo de alarma. Lo dejo sobre la mesa, lejos de la cama, de forma que resultará inevitable levantarme a apagarlo y por tanto el temprano despertar

queda garantizado. Me parece buena idea leer algo para coger el sueño. En una repisita de la habitación veo tres libros: la Biblia, un volumen con excelentes fotografías de la historia del monasterio de Silos, y un librito blanco, como inofensivo, que se titula: *Regla de San Benito*. Debajo pone: «Con las Constituciones y las Declaraciones de la Congregación de Solesmes». No utilizo la lógica y escojo éste. En el capítulo primero el libro me hace descubrir, cosa que yo ignoraba por completo, que los monjes se dividen en cuatro géneros. Los cenobitas, que son los que molan y hacen caso al abad, los anacoretas, que van por libre pero madrugando y espantando en silencio al maligno todo el rato, los giróvagos, que viven de convento en convento poniéndose las botas a base de echarle cara, y los sarabaítas, que, según dice el manual, son los peores. Una de las cosas que les hace detestables es que mienten a Dios con la tonsura, que no sé lo que es pero que me suena a que al que escribió el libro no le estaba permitido llamar a las cosas por su nombre. Porque los sarabaítas, por lo que leo, eran unos capullos redomados. Cómo serían que hasta «de dos en dos, o de tres en tres, sin pastor, recludos no en los apriscos del Señor, sino en los propios, tienen por ley la satisfacción de sus caprichos».

Estas cosas suenan raras hasta que, no nos engañemos, le tocan a uno de cerca. Por ejemplo: ¿qué haría yo si me dijeran que han visto a mi mujer de dos en dos o de tres en tres, sin pastor, y no en los apriscos del Señor, no, sino en los propios, satisfaciendo encima sus caprichos? Cogermé un rebote. Y no soy yo precisamente una persona muy susceptible, independientemente de que el pintor no vaya a ver un duro.

Abrumado por este primer capítulo de la Regla de San Benito, comprendo que no estoy preparado para proseguir la lectura y abandono el libro no sin antes, por supuesto, hojear en profundidad los capítulos siguientes. El libro es el vademécum detallado del correcto comportamiento de los monjes en el monasterio. Allí descubro el porqué del silencio: «En el mucho hablar no evitarás el pecado». Quiere decir, yo creo, que si evitando decir palabras malas se evita el pecado, evitando también decir las buenas ya te aseguras. También cómo han de dormir: «Vestidos y ceñidos con cintos o cuerdas, todos en un mismo local, no teniendo los más jóvenes las camas contiguas, sino entreveradas con las de los ancianos». Esto me parece acertado porque los jóvenes son propensos a formar corrillo aunque sean monjes. También se explica cómo han de comer, salmodiar, recibir a los huéspedes, etc. Viene todo muy clarito, de forma que ser monje de clausura no es muy difícil teniendo este manual. Por lo menos el teórico es fácil pasarlo. Como el sueño

no viene escojo otro capítulo al azar y lo transcribo tal cual para dar fe de su precisión y detalle.

Capítulo xxviii

De los que muchas veces corregidos no quieren enmendarse

Si un monje, corregido con frecuencia por cualquier culpa, y si también excomulgado, no se enmendare, aplíquesele más riguroso castigo, esto es, procédase contra él hasta azotarle. Pero si ni aun así se corrigiere, o si tal vez (lo que Dios no permita), lleno de soberbia, intentase incluso justificar su conducta, entonces haga el abad lo que un sabio médico: si después de haber aplicado fomentos y lenitivos de exhortaciones, medicamentos de las divinas escrituras y, por último, el cauterio de la excomunión o la escarificación de los azotes, aun así adbierte que naba obtiene con su industria, úsese entonces lo que es más eficaz: su oración por él y la de todos los monjes, a fin de que el Señor, que todo lo puede, obre la salud en el hermano enfermo.

O sea, al final, todos los marrones para Dios. Cierro el libro con la sospecha de que el club de la comedia no es un invento americano, viene el sueño, lo cojo y me duermo de manera irreversible.

A las seis y cuarto mi teléfono cumple su función de despertador. Los Nokia han salido muy buenos. Me levanto molesto según el plan previsto, lo apago siguiendo el lógico proceder y me vuelvo a meter en la cama, ahora ya improvisando un poquito. Me duermo sin yo quererlo, como por cosa del diablo, pero mi reloj biológico salta con precisión suiza a las ocho horas, doce minutos, cero segundos. Aunque todavía atontado, soy consciente de que de los ciento ochenta segundos de que dispongo para levantarme, vestirme, asearme, recorrer dos kilómetros de pasillo y entrar en la capilla como quien no está echando el bofe, no tengo ni uno solo que perder.

Acompaño a los monjes en laudes por última vez. No puedo jurar ahora mismo que empezar así el día no lo echaré de menos en el futuro. El monje que lee durante las comidas con un micro es hoy quien toca el órgano. Caigo en la cuenta de que es él el monje electrónico, el encargado de la cuestión tecnológica de la abadía (máquinas de afeitar, telefonillo automático,

tostadora, sonotones, escalextric...). Seguro que si lo tocas te da chispa, como los Seat 124. Miro su hábito por detrás por si lleva una cinta antiestática colgando en la que ponga «Racing» pero no veo nada. Desayunamos. A la salida me aborda el padre Marceliano, a quien he cogido un gran afecto a pesar de que la circunstancia, más la suya que la mía, nos ha impedido hablar lo mucho que yo hubiera deseado. Tiene dos hojas en la mano y me hace un gesto para que le acompañe al patio. Parece que el asunto a tratar es materia reservada. Efectivamente. El monje me cuenta que desde Roma les ha llegado un proyecto secreto, para conocer el parecer de todos los obispos católicos del mundo, de la realización de un largometraje que ha de versar sobre la vuelta de Jesucristo a la tierra en nuestros días. El presupuesto será ilimitado. La idea es enaltecer y actualizar su figura y permitir que el protagonista, a través del filme, repita la oferta de salvación que ya dejó dicha hace dos mil cinco años. Quiere conocer mi opinión sobre la viabilidad técnica. Le cuento que el proyecto me parece apasionante y que la dificultad estará como siempre en el guión y no en cómo rodarlo. Está de acuerdo. Me dice que se podrían usar cosas del Evangelio porque ellos tienen los derechos. De pronto eso me suena tan surrealista que me mosqueo. Una corazonada me hace mirar a una esquina del patio y allí descubro una cámara oculta. En la otra esquina, tras un cristal de espejo, otra. El padre Marceliano ve que me he dado cuenta y se quita la casulla de un tirón y saca un ramo de flores al grito de «¡Inocente, inocente!». Aparecen todos los monjes alborotando y riéndose junto al equipo de producción. El ayudante del abad me dice: «Si yo soy gay, hombre», y besa al actor que hacía de hermano cocinero.

Abro los ojos porque todo esto ha sido una alucinación fugaz y allí sigue el padre Marceliano, en la quietud del patio, con sus folios en la mano, esperando escuchar de un experto como yo si la idea es o no viable. Carraspeo y lo primero que se me ocurre es decirle que Mel Gibson la haría muy bien. Me dice que ya lo han pensado en Roma pero que están barajando a Zefirelli y a Zanussi, que es un grandísimo director con nombre de lavadora. De todas formas Gibson, le advierto haciéndome el enterado como si hubiera estado yo cenando con Mel hace una semana en casa de John Travolta, está muy liado con el rodaje del milagro de Fátima. Me entrega el documento como quien le da al enemigo los planos secretos del polvorín y entonces me veo en la obligación de confesarle, como quien no quiere la cosa, que no soy creyente y que estoy allí utilizando la paz de su hogar para escribir otra película que posiblemente no va a ser del todo del agrado de sus jefes ni de aquí ni de Roma. Había subestimado al padre Marceliano. Mi declaración, lejos de

contrariarle, le hace ver que mi opinión será altamente objetiva. Y encima coincide conmigo en la idea de que creer o no creer son dos cosas que se parecen bastante, sobre todo si el que practica cualquiera de las dos aspira a llegar a la misma ambiciosa meta: ser una persona decente. Si lo llego a saber se lo habría dicho el día que le conocí: «Hola, soy yo, el ateo que habló con usted por teléfono». Él me dijo a la primera que era cura, que era vasco y que era feliz y a mí me pareció fenomenal. Y no tuve la generosidad de pensar que a él le hubiera parecido igual de fenomenal que yo le hubiera dicho: «Hola, soy director de cine, no creo en el más allá, soy también feliz y busco tranquilidad para escribir un guión en el que una niña muere creyendo aceptar, incomprensiblemente para mí, la inverosímil voluntad de Jesucristo».

Eso es una valiosa lección que me llevaré de mi estancia en la abadía. Qué importante es moverse y conocer a los demás, sobre todo a los que prejuzgamos diferentes. Si Bush llevara veinte años veraneando en Irak en lugar de en su aburrido rancho de Texas, seguro que no habría cometido la barbaridad de comenzar el fin del mundo por la vía rápida. El informe de los expertos de la ONU dice claramente que en cincuenta años nos mataremos unos a otros por el control del agua y que en cien ya no hará falta que nos matemos porque moriremos nosotros solitos. Pues a Bush le parece mucho tiempo porque dentro de cien años él no va a estar y no se lo quiere perder ni de coña.

Me marché a mi celda con el compromiso de dar mi consejo sobre el proyecto, que será, sin duda, hacerlo en clave de comedia. Jesucristo, por ejemplo, hace autoestop al comenzar la película. Un coche le para pero al rato se quedan sin gasolina. Como anda con prisas y el conductor es muy buena persona, Jesús hace el milagro de que el depósito se llene solo. Por supuesto de la mejor gasolina: súper 98 y bote de Wings. Pero el coche resulta ser diesel y la avería del motor le sale al conductor, que pierde la fe en el acto, por dos mil euros más el IVA. Esto es sólo un ejemplo de lo que nunca tendré valor de comentarle.

No llevo ni media hora en mis aposentos cuando el padre Marceliano me trae amablemente la fotocopia de un artículo de *La Razón* de hoy, en el que hablan de un cortometraje que hice hace cuatro años mostrando mi rechazo frontal al terrorismo. Lo titulé *La sorpresa* y en él se ve cómo mi cuñado se muere de un tiro en la nuca mientras mi hermana le esperaba en casa. La elección de mi hermana y su marido como actores principales fue porque al ser familia no cobran y de paso lo rodamos en su propio piso. Como ellos no saben de eso les explicamos que en el cine cuando se escoge a un actor

siempre se rueda en su casa y que Harrison Ford trabaja tanto porque tiene muchas casas y de estilos muy diferentes. Tiene incluso una en blanco y negro para películas antiguas. Elegimos además rodarlo al mediodía, no por motivos de luz, sino en la seguridad de que mi hermana nos iba a dar de comer a todo el equipo. Al marcharnos les dimos las gracias efusivamente a los dos y nos marchamos de allí dejándoles la casa patas arriba. La publicación del artículo justo hoy me parece providencial para que el monje confirme que, aunque sin fe, soy un tipo enrollado. También me trae una segunda fotocopia con una segunda noticia, aparentemente sin relación ninguna con la película de Jesucristo ni con Zefirelli: un nuevo concurso de la BBC mete a cinco redomados agnósticos (entre ellos un empresario porno y un ex terrorista del IRA) durante cuarenta días en un convento benedictino de clausura y les obliga a seguir las más estrictas normas monásticas. Y en Inglaterra es más chungo porque se levantan, según dice la noticia, a las tres y cuarto de la madrugada. Seguro que el empresario porno, para ahorrarse el madrugón, ni se acostaba. Pues bien, al finalizar el experimento los cinco han encontrado o recuperado su fe y salen de allí imprimiendo un nuevo rumbo a sus vidas. Al leer este sorprendente desenlace miro al padre Marceliano, cuyos ojos inquietos ya estaban esperando mi mirada. Nada más encontrársela sonrío y sube y baja muy deprisa y por dos veces las cejas en plan Groucho Marx como diciendo: «¡Ahí te han dado!». De todas maneras añade, seguro que para que yo no me sintiera presionado, que ellos en la abadía no hablan jamás ni de fútbol, ni de política ni de religión. Lo de que en la abadía nunca hablaban ya lo había notado, pero nunca hubiera sospechado que cuando estaban en silencio realmente era de esas tres cosas de lo que no estaban hablando. Y me parece buena idea. ¿Qué pasaría si en las productoras de cine no se pudiera hablar de tías ni de películas y estuviese prohibido decir tacos? Pues que no habría películas, sólo documentales de La 2.

Cuando se marcha es el padre Luisardo el que golpea mi puerta. Parece como que se turnan para no apelotonarse los dos en mi celda. O quizá para no caer en la tentación de cuchichear entre ellos. Me comenta que, como me marchó hoy y he estado tres días y son veinte euros por cada día, que por favor le vaya soltando sesenta euros. La realidad es que he dormido, paseado, aparcado, disfrutado, aprendido, asistido a conciertos privados, desayunado, almorzado y cenado como un príncipe por únicamente veinte euros cuando solamente entrar en el recinto para visitarlo por donde te indican las flechas y marchándote a las seis de la tarde te cuesta siete y medio. Veinte euros es lo que pagué hace una semana en el cine por dos botes de palomitas y un par de

cocacolas de grifo. Un chollo. De forma que le digo gustosamente al padre Luisardo que se lo daré más tarde ya que tengo la cartera en el coche. Por un momento me viene a la cabeza la posibilidad de marcharme sin pagar. Son malas pasadas del subconsciente. Es como cuando tu hija está tocando el chelo para ti, por el día del padre, y se te pasa por la cabeza fugazmente la imagen de ti mismo haciendo añicos el instrumento contra el pico de la chimenea. Sólo de pensar en irme de allí sin abonar la estancia y pensión completa de tres días, timando vilmente de esa manera a un grupo de humildes religiosos, me da escalofríos. Pero que conste que no sería difícil. Sería tan fácil como comprar un disco en el top manta, que no es robar porque no hace falta ponerse antifaz ni salir por piernas. Pros: me ahorraría sesenta euros. Contras: jamás podría regresar aquí y además me sentiría mal por esta bajeza hasta el día de mi muerte. Conclusión: empate técnico. El padre Luisardo, sin duda ajeno a mis sucios pensamientos, me dice que me acompaña gustosamente hasta el coche y así le doy la pasta. «No vaya a ser que te vayas sin pagar», añade. Además él se tiene que marchar a Madrid y estará allí todo el día resolviendo unos asuntos. Cuando un carnicero sale de su casa es para despedazar una vaca, un soldado para pelear, un cartero para repartir la correspondencia y un ciclista para dar una vuelta a España. Pero si un cura abandona la guarida es siempre para resolver un montón de asuntos. Me acuerdo entonces de *La Regla de San Benito*, que en su página ciento noventa y uno dice así:

Capítulo li

De los hermanos que no van muy lejos

El monje que es enviado para cualquier diligencia y espera volver al monasterio el mismo día, no se atreva a comer fuera, aun cuando alguien se lo pida reiteradamente, a no ser que acaso tenga orden de su abad para ello. Si obrase de otro modo sea excomulgado.

Confío entonces en que el padre Luisardo haya desayunado fuerte y ya me lo imagino por la Gran Vía de arriba abajo resolviendo esto y aquello aprovechando el día, que es otra cosa que a los religiosos profesionales les tiene obsesionados.

En el p rking, a plena luz del día, hago efectivo el pago. Le entrego los billetes con tanta discreción y él los guarda tan rápido en una de las ranuras secretas del hábito que, por un momento, mi subconsciente me traiciona de nuevo y le hago un gesto con la mano como para que me entregue la bolsita con los  xtasis. El padre Luisardo mira mi mano y me la aprieta con la suya para despedirse, confirmando con ese gesto que ha sido para él un placer conocerme, que est  muy agradecido por mi puntualidad y obediencia, y que mi paso por all  va a marcar un antes y un después. En concreto, sus palabras textuales son: «Ale». Ahí comprendo que a los benedictinos no les puedes rodear con tus brazos para decirles adiós aunque les quieras y les aprecies, como de hecho yo quiero y aprecio al padre Luisardo. Cuando se va me siento solo. Asciendo por segunda vez a la base de la cruz y all  arriba, bajo el león cuya cabeza sigue midiendo doce metros, me siento más solo todavía. Desciendo y vuelvo a mi habitación, ya acompañado de nadie, para hacer la maleta. Al disponerme a cerrar el ordenador abro las notas que acumulo para mi guión y no sólo no escribo ninguna nueva, sino que borro las tres últimas que ya tenía. En esa productiva operación utilizo tres horas y media. O sea, que si hoy no hubiera salido de la cama me habría cundido más el día.

La comida de hoy es muy similar a la de los dos días anteriores, con la particularidad de que ya est  pagada. Tampoco hay narración durante el almuerzo. Como es viernes escuchamos música clásica. No est  en su mesa el padre Marceliano y me angustia pensar que él también haya salido del convento y no pueda despedirme de él. Nunca llegamos a pasear juntos por la galería, uno marcha adelante y otro marcha atrás, ni he podido yo enriquecerme con su punto de vista sobre la historia que me ha traído hasta su casa, pero no estoy dispuesto a abandonar el lugar sin decirle adiós. Con firme decisión regreso por última vez a mi celda y me echo una siesta de hora y cuarenta minutos. Luego recojo todo, agarro mi maleta, bajo las escaleras, tuerzo a la izquierda, atravieso la nave de mil quinientos metros con túnel, salgo por una puerta, tuerzo a la derecha, encaro el largo pasillo de la abadía en el que no se escucha un alma, caigo en la cuenta de que me he olvidado el cargador de la cámara de fotos enchufado en la habitación, doy a mi vida un giro de ciento ochenta grados, encaro de nuevo el pasillo en sentido contrario, tuerzo a la derecha, entro por una puerta a la nave de mil quinientos metros, la atravieso mirando al

túnel con el rabillo del ojo, tuerzo a la derecha, subo los dos pisos de escalera y me dispongo a recorrer el pasillo de la escolanía en dirección a mi habitación cuando la sospecha de que s  que met  el cargador en la maleta, en

concreto entre los zapatos y la bolsa de El Corte Inglés con los calcetines sucios, va tomando preocupante consistencia. No obstante, me prometo a mí mismo no contárselo a nadie y estar más pendiente de las cosas de aquí en adelante. Para volver de nuevo abajo y poder así salir a la calle, realizo un trayecto muy conocido por mí, sensación que me hace sentirme como en casa. Ya abajo, en la portería, no encuentro a nadie pero reparo en un teléfono con una lista al lado. Al principio me parece un ránking de monjes con las puntuaciones del trimestre, pero al cabo del rato se me pasa por la cabeza la posibilidad de que sea la relación de monjes con sus números de teléfono. Entonces me imagino esa habitación común en la que los jóvenes colocan sus camas entreveradas con las de los ancianos y con cuarenta teléfonos idénticos apiñados en la pared como si fuese una videoinstalación del MOMA y marco cualquier número de dos cifras al azar. Efectivamente. Me lo coge otro monje, al que le acabo de interrumpir la meditación reparadora de después de comer y me informa de que la habitación del padre Marceliano es la treinta y siete. Tienen habitación propia. Se saltan la Regla de San Benito como si a éste no le hubiera costado esfuerzo escribirla. Le llamo y está. Baja para despedirse. Me regala un libro y una preciosa medalla de la orden con una hojilla de instrucciones, no para aprender a usarla, sino para comprender todas sus inscripciones, que están por supuesto en latín. Al ser latín antiguo no pone *rosa rosae* por ningún lado, que es lo que yo he dado en el colegio y es cuando tiro de la hoja explicativa, por la que me entero de que las siglas S-M-Q-L-I-V-B provienen de *Sunt Mala Quae Libas, Ipse Venena Bibas*, que significa: «Los brebajes que ofreces son el mal; bébete tus venenos». Como yo he leído *El Código Da Vinci* me lanzo a descifrar el acertijo y veo claro que se trata de un mensaje en clave para el hermano cocinero. En el reverso aparecen las letras Q-O-F-V-P. En la hoja no pone nada pero intuyo que debe de tratarse de la respuesta del hermano cocinero. Quizá la Q es de «Que», la O de «os», la V de «un» y la P de «Pez». La F ni idea.

El caso es que me marchó del Valle sin abrazar tampoco al padre Marceliano, imprescindible cómplice en esta aventura de tres días y tres noches. Y me voy sin haberle dado a mi guión el empujón definitivo que sigue urgentemente necesitando. Me acuerdo entonces del compositor famoso que se pira de aquí cada tres meses con una obra maestra en la carpeta directo a la SGAE y me siento mal. También me acuerdo del pintor que sin duda me estará esperando para ver si me gusta, ya puesto en las habitaciones, el color que habíamos elegido a medias mi mujer y yo. Como yo lo quería naranja y ella verde, pues tomamos la decisión salomónica de que lo pintara de verde,

confirmando con ello que la democracia ha hecho mucho daño en el campo de la decoración. Desciendo la carretera vigilado por esa cruz de piedra que no se cae porque Dios no quiere y porque el arquitecto en persona, sin necesidad de que Franco se lo dijera, la atornilló a la roca con unos espárragos de hormigón armado del tamaño de la Giralda de Sevilla. Pienso en los monjes, que seguirán atrapados en su abadía *in secula seculorum*. Construyendo cada uno de ellos con el silencio su propio templo. Y soy consciente de que no los he juzgado correctamente. Ahora veo claro que el ayudante del abad entendió perfectamente que yo era tan libre de no firmar como él de solicitármelo. Y veo claro que el padre Luisardo no ha hecho más que velar por la calidad de mi estancia, para que yo haya podido disfrutar de todas las cosas que para él son tan importantes y que en nombre de su comunidad ha puesto gustosamente a mi alcance. Está por ver, además, cómo escribiré yo a su edad, deletreado por un teléfono inalámbrico del año setenta y seis, un apellido alemán que tiene dos eses y que con todo cariño ha escrito el padre hospedero en una etiqueta sólo para que yo haya tenido mi propia servilleta y me haya sentido uno más. Y veo también claro que cada vez que el abad me ha dirigido una mirada ha sido pensando: «Me gustaría mucho conocer a este tipo, pero no le voy a dar el rollo de cura pesado, que se ve que ha venido a concentrarse en sus cosas, que sin duda serán de gran interés». Y entiendo que los chavales jugaron al béisbol tan a gusto y poniendo un cuidado extremo para no golpear un coche que tenía todo el derecho a estar ahí puesto que era un p rking y ellos lo sabían. Y que comer en silencio mientras te cuentan un cuento es una idea bastante más saludable que sentarte a la mesa viendo el telediario porque no tienes nada interesante que contarle a tus hijos.

En fin, no es que me est  entrando ahora ningún síndrome, que soy mayorcito para eso. Es que me da pena abandonar de pronto, cuando ya estaba encajando, este Valle de los Caídos por Dios y por Estocolmo.

A Piluca, esa mujer que muchos querríamos tener pero que yo
me he pedido primer.



EPÍLOGO

Tres días después de regresar a casa me dispongo a enviarle por e-mail este inocente relato al padre Marceliano. Pienso en lo mucho que se va a divertir. Le imagino ya tumbado en la cama de su celda, con la crónica impresa en un taco de folios reciclados en cuyo reverso estarán seguramente las partituras fotocopiadas del *Salve Regina*, tratando de no reírse escandalosamente para que no le excomulguen acusado de *inoportunas alborotas*. Me lo imagino, incluso, escuchando canciones de ABBA con un IPOD de cuarenta gigas mientras se lo lee del tirón. Sin duda le voy a sacar de su rutina y le voy a alegrar el día. Convencido de que en mi escrito lo que hago es,

básicamente, reírme de mí mismo y de mi inmensa ignorancia, tengo además la sensación de que lo remato reconociendo lo que creo es una verdad como una casa: nuestra cultura se alimenta de prejuicios, de clasificaciones e ideas preconcebidas sobre los demás que nos hacen opinar de todo sin tener mucha idea de nada. En lo que los monjes llaman el mundanal ruido nos alimentamos de titulares, de críticas que otros escriben por nosotros, y nos gusta salir de casa con la opinión puesta sobre todos los temas. De este modo, si uno pasa tres días en el Kremlin al volver nadie le pregunta si es leninista, si regresa de pasar tres días en Miami nadie le pregunta si es un hortera y si vuelve de pasar tres días y tres noches en la puerta del Bernabéu haciendo cola para sacar las entradas del Madrid-Barça, a nadie se le pasa por la cabeza preguntarle si es tonto. Pero si uno pasa tres días en el Valle de los Caídos, ¡ah!, la cosa cambia. Cada vez que lo cuento tengo que añadir siempre en defensa propia la aclaración de que ni soy facha, ni estoy dilucidando meterme fraile, ni estoy atravesando un bache. Esto último es, por supuesto, la típica mentira piadosa a medias. A medias porque, siendo verdad que es mentira, al ser yo el que me miento a mí mismo no surte del todo ese efecto consolador tan agradable que provocan las mentiras piadosas completas, que son las que te dicen otros con el único fin de que te enteres de lo malo más tarde y sea peor. Aun así nadie se lo cree del todo y siempre sospecharán que hay algo turbio en ese extraño asunto de mi estancia en el enigmático valle. Más aún cuando a todo el que se lo cuento termino recomendándole encarecidamente la experiencia. He notado también, por ejemplo, que si se lo cuento a dos amigos a la vez, éstos me hacen menos preguntas pero, por el contrario, se miran más entre sí.

El caso es que como al padre Marceliano le va a encantar le doy a «enviar mensaje» como un valiente, momento en el cual me doy cuenta de que quizá

el padre Marceliano, un monje que lleva cincuenta y ocho años clausurado entre cuatro paredes a la sombra de una cruz de piedra gigante y dedicando a la oración más de dieciséis horas diarias, no acabe de pillar mi sentido del humor. Pincho en «detener» exactamente un milisegundo después de que aparezca el famoso aviso de «mensaje enviado». Ese aviso que en otras ocasiones es síntoma de éxito, de progreso, de que nuestra compañía telefónica funciona, de que nos podemos comunicar ágilmente los unos con los otros, marca en este caso el inicio de una angustia que no remitirá hasta que reciba la respuesta del padre Marceliano dándome la enhorabuena y solicitando permiso para que se lo lea a todos sus compañeros el monje electrónico en persona durante la cena de Jueves Santo.

Efectivamente. El padre Marceliano no responde y la sensación de haber hecho una estupidez enviándoselo va tomando cuerpo. Lo más seguro es que lo haya depositado en la papelera de reciclaje de su *pc* sin pasar de la primera página y ya hasta lo haya olvidado. Es entonces cuando, para terminar de aliviarme, tomo la decisión errónea de hojear *La Regla de San Benito*, que es precisamente el libro que él me regaló cuando nos despedimos. Lo abro al azar:

Capítulo lvi

Si debe el monje recibir cartas o alguna otra cosa

En modo alguno sea lícito al monje recibir o dar cartas, eulogias o cualesquiera regalos, ni de sus parientes, ni de cualquier otra persona, ni entre sí, sin licencia de su abad. ¶ Si le enviaren alguna cosa, aunque sean sus pabres, no presuma aceptarla sin haberlo puesto antes en conocimiento del abad.

Oséase, que a estas alturas el padre abad ha leído, sin ningún atisbo de duda, esta majadería que he escrito en lugar de un guión serio en donde se sugiere claramente que él almuerza en solitario porque no le ajuntan los otros monjes, única explicación posible a su uso impertinente de la campanita. Pero cabe la posibilidad de que el abad, un hombre en absoluto visceral, le haya dado el manuscrito a máquina a otro monje experto en literatura ligera y cuentos infantiles que, pudiera ser, esté emitiendo en este momento un veredicto

favorable detectando el cariño hacia los benedictinos en el que creo yo está inspirado el relato.

Y ese veredicto hará cambiar de opinión al abad y al padre Marceliano, que me volverán a considerar de nuevo un ser humano. Por eso no ha querido contestarme todavía. Sí, eso es lo que ha pasado. Estoy seguro.

Y aunque el abad se lo haya entregado al padre perito ordenándole: «Léete por encima esta basura, que ya te digo yo que no te va a gustar», tratando así de influenciarle subliminalmente, ese monje experto tendrá, sin duda, criterio propio. No obstante, transcribo otro capítulo del libro por si resultase de interés, aunque yo no le veo relación:

Capítulo V

De la obediencia

Da por razón del servicio santo que han profesado, ya por temor del infierno y por la gloria de la vida eterna, en el instante en el que algo les ha sido mandado por el superior, cual si se lo mandara el mismo Dios, no saben sufrir dilación en realizarlo.

Total, que no sé qué pasa ni si ha fallado o no esta teoría tan bien construida, pero la realidad es que el padre Marceliano no da señales de vida. Como los monjes muertos, de los que no he vuelto a saber nada desde que me marché de allí. En esos días de desasosiego le dejo mis *Tres días en el Valle* a Luis, sabiendo que no va a tener tiempo para leerlo. Luis, mi socio, se encuentra en estos momentos dirigiendo la posproducción de un complicadísimo largometraje sobre el Real Madrid que ha producido a todos los niveles y que ha dirigido Borja, su hermano pequeño, y está también preparando como productor y director de producción el rodaje de *Cándida*, primera película de Guillermo, mi hermano mayor. Ésta se empieza a rodar en tres semanas y no ha aparecido todavía la actriz protagonista. Luis está también dirigiendo la productora que tenemos a medias, haciendo unos anuncios para Antena 3 y tratando de planear las vacaciones para su familia, que no para él. Luis tiene además el coche en el taller para una reparación de chapa, y le han dicho que llame en diez días. Ya lo dijo el que me vendió a mí el Opel: «Los Audi salen muy malos». Luis hace todo esto, no obstante, ilusionado con la idea de que yo he aprovechado mi clausura para rematar un guión genial que nos abrirá a

los dos las puertas de Hollywood y de sus hermosas mujeres. Por estos motivos y por algunos otros detalles en los que no entro para no alargar este libro tan breve, es por lo que presiento que no se va a poder leer la historia con la suficiente rapidez como para liberarme a mí de la duda de si realmente mi relato es o no inoportuno. Me equivoco de nuevo, porque Luis es ese amigo que todos querríamos tener y que por suerte lo compartimos muchos, y va el tío y se lo lee según le llega. Le parece estupendo y me anima a intentar publicarlo. Con la que tiene él encima. Precisamente ha comido con dos personas de la editorial Planeta para charlar sobre la posibilidad de publicar algún libro en torno al largometraje de Guillermo y se ofrece a ponernos en contacto. Me ilusiono de pronto con la sola idea de ponerme en contacto con alguien, pero pienso de pronto en el padre Marceliano y se me quitan las ganas de hacer el tonto. Aunque sin ganas, lo sigo haciendo hasta que por fin, a los diez días, recibo la anhelada contestación. Tardo un rato en hacer doble clic sobre el mensaje. Como cuando te responde la mujer de tu vida al cabo de dos semanas de haberle enviado un mensaje desesperado que incluía un patético poema de amor y una súplica desgarrada tipo: «Si no me quieres y estás con otro prefiero saberlo ahora mismo». Este tipo de contestaciones, si no has sabido nada de tu amada en los quince días y además en el asunto pone: «Hola, amigo», suelen traer muy muy muy malas noticias. Lo abro como un valiente pero con los ojos cerrados como un cobarde, para no verlo. Al ser muy valiente pero a la vez muy cobarde, de media soy un tío normal, lo que me anima a leer la contestación del padre Marceliano. Me dice que leyó mi escrito nada más recibirlo y que pensó darme «la callada por respuesta». Una vez más había juzgado mal a este maravilloso monje, que, contra todo pronóstico, me vuelve a sorprender. Yo había puesto en duda que él no tuviera el sentido del humor necesario para conectar con mi historia y me acababa de responder, ni más ni menos, que había pensado darme «la callada por respuesta». Estamos hablando de un monje que lleva más de medio siglo en una abadía benedictina en donde no se habla. ¿Tiene gracia o no tiene gracia? ¿Es o no es un crack el padre Marceliano? Sin embargo, añade, ha decidido, después de atender asuntos por descontado más importantes, contestarme brevemente. Tanto a él como al padre abad, como a un especialista en teología y espiritualidad medieval y a un filósofo e historiador, les ha parecido que, resumiendo, a través de mis incongruencias dejo patente que no me he enterado de nada. El padre Marceliano me expone, por dos veces en su escueto pero amable e-mail, su deseo de que no se publique el relato en cuestión y me sugiere abandonarlo en el archivo de los recuerdos.

Estoy de acuerdo con él en lo de que no me he enterado. Tiene toda la razón. Es como si sacamos del convento al padre cocinero, por ejemplo, y lo metemos tres días en el rodaje de *Batman Begins*, viviendo en la roulotte de maquillaje y obligado a hablar sin parar. No es fácil que se entere bien de la esencia del cine y de la pasión que en este negocio tenemos por contar cosas. No me he enterado ni yo que llevo quince años metido. Se quedaría el padre cocinero más con la frivolidad de los cameos, los chascarrillos y demás estupideces que adornan nuestro maravilloso trabajo. Pues a mí me ha pasado lo mismo, pero lo he intentado y he escrito con sinceridad todo lo que ha pasado por mi cabeza. Y pienso: ¿de qué valen nuestras experiencias, nuestros pensamientos, nuestros errores y nuestras tonterías si no las compartimos con los demás? El padre Marceliano y todos sus compañeros son privilegiados porque, como creen en la Divinidad, se lo pueden contar todo a ella. Pero los infelices como yo, a los que no nos ha venido el don, nos vemos obligados a contarles nuestras cosas al resto de los mortales. Quizá el error haya sido haberlo hecho con humor, pero es que es el único lenguaje con el que me aseguro ser honesto cien por cien. O sea, diez mil, que es mucho.

PD: Si el padre cocinero, que no me estará escuchando, quisiese acudir tres días a un rodaje intensivo, desde aquí le invito. Y si además quisiera escribir el relato de cuanto allí le suceda, estoy más que seguro de que en la editorial Planeta le ofrecerían un adelanto sobre los primeros cien mil ejemplares vendidos. Yo, que daría un brazo por leer ya mismo ese asegurado best-seller, le ofrecería desde luego todo mi apoyo. Me encantaría enseñarle todos los recovecos, curiosidades y ridículas contradicciones que conozco de mi trabajo, al que amo irracionalmente como si se tratase del prójimo en persona.

BIBLIOGRAFÍA

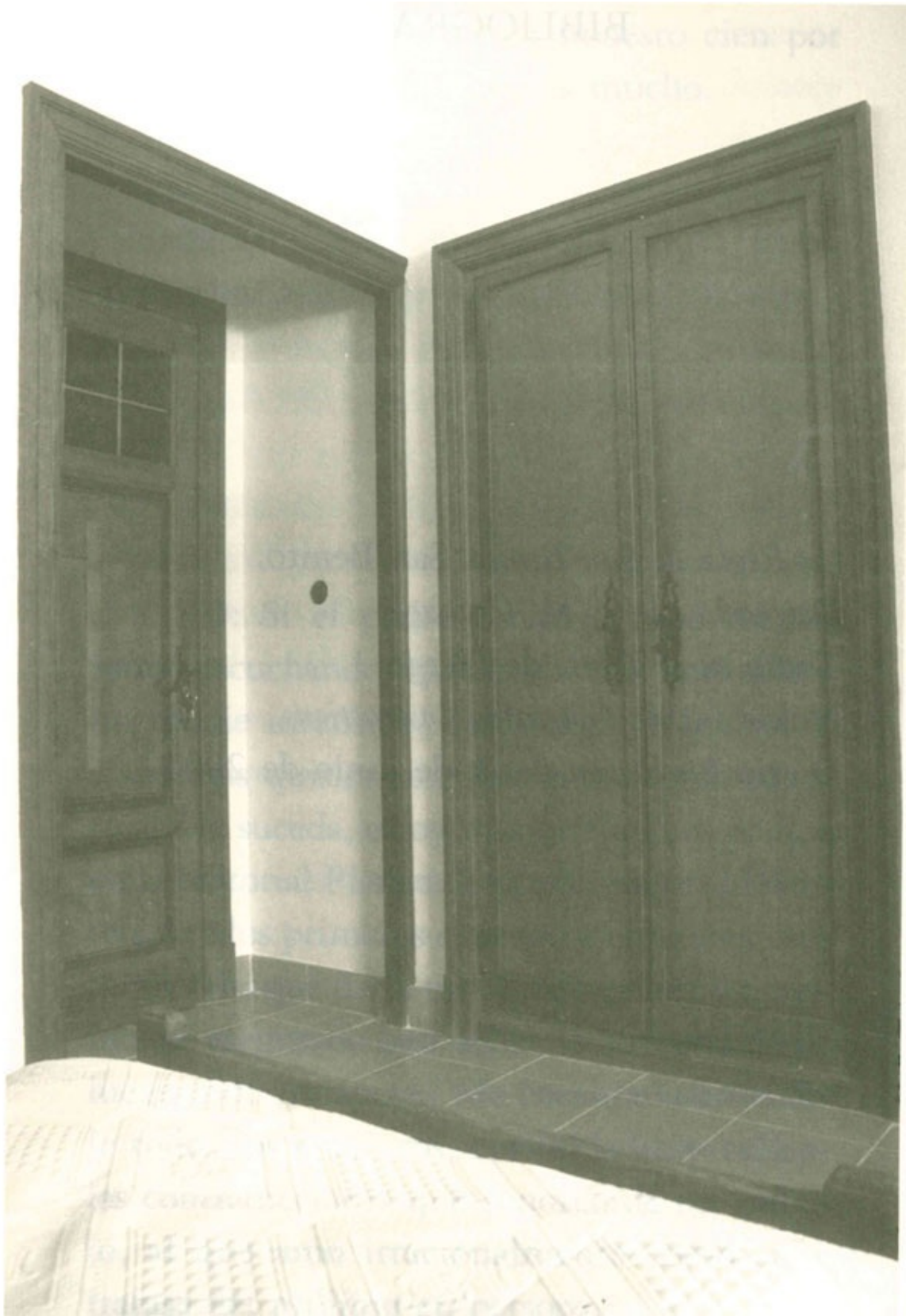
La Regla de San Benito. San Benito.

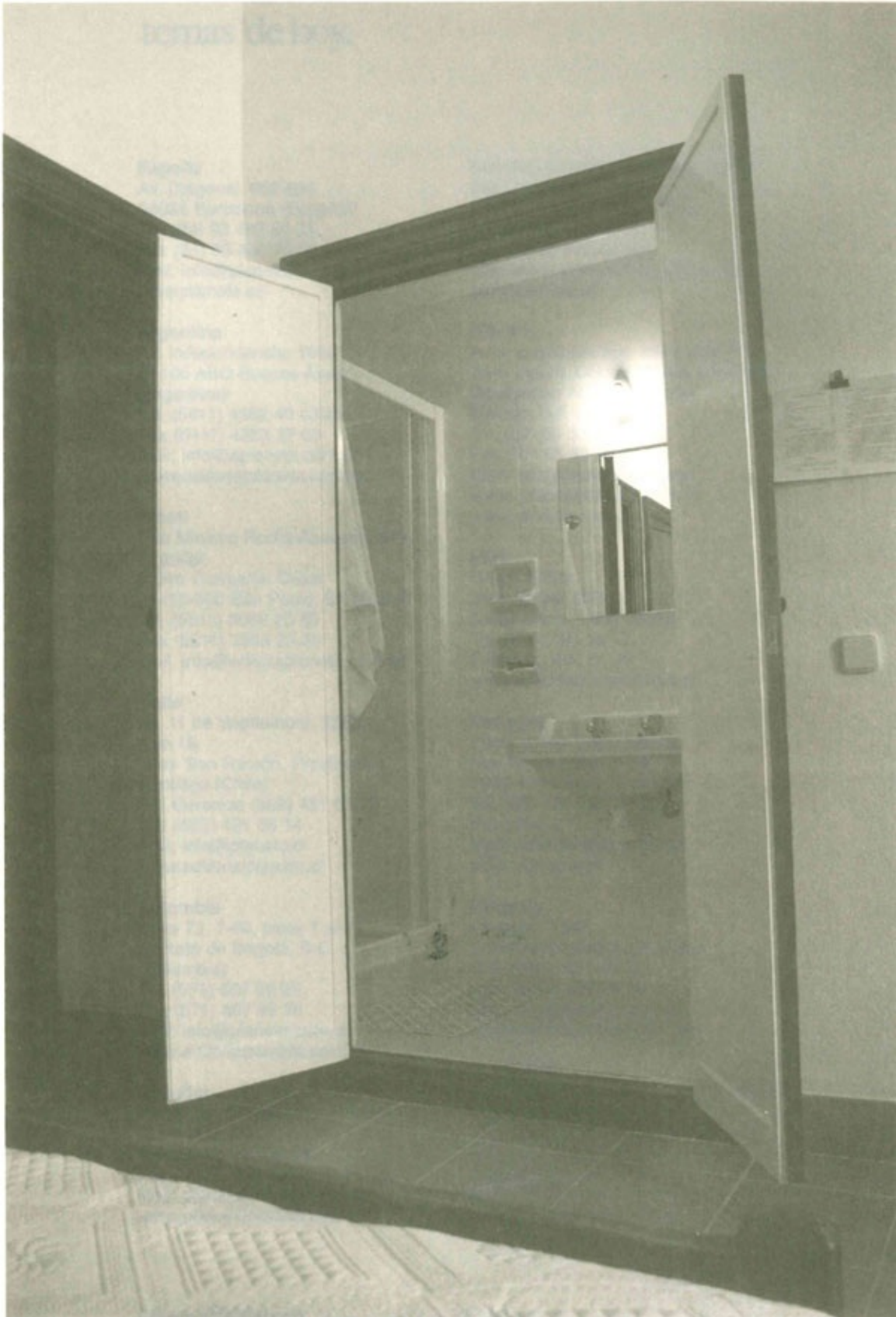
Desgracia, de J. M. Coetzee.

Tintín en el Tíbet, de Hergé.

Nokia 6210. *Operating Instructions*.

Diario *La Razón* del 1 de junio de 2005.







Javier Fesser Pérez de Petinto (Madrid, 15 de febrero de 1964) es un guionista y director de cine español, conocido por dirigir películas como *El milagro de P. Tinto*, dos adaptaciones de *Mortadelo y Filemón*, *Camino* y *Campeones*.

Fesser se licenció en Ciencias de la Imagen por la Universidad Complutense de Madrid.

Sus comienzos fueron en el mercado publicitario hasta que crea Películas Pendelton con la que empieza a realizar algunos cortometrajes que reciben numerosos premios en festivales de cine tanto nacionales como internacionales. Su primer largometraje, *El milagro de P. Tinto* (1998) le valió una candidatura al Goya al mejor director novel, pero su mayor éxito en taquilla sería la adaptación de los personajes de Francisco Ibáñez, *Mortadelo y Filemón*, en la película *La gran aventura de Mortadelo y Filemón* (2003). Su tercer largometraje *Camino* (2008), estuvo rodeado de polémicas, aunque consiguió el Goya al mejor director. En 2007 un cortometraje suyo, *Binta y la gran idea*, consigue ser nominado al Óscar, aunque no consiguió llevarse la estatuilla.



JAVIER FESSER
TRES DÍAS
EN EL VALLE

MI EXPERIENCIA BENEDICTINA



Lectulandia